LA FALSA ILUSTRACION.

omedia en cinco actos, original de D. Manuel Breton de los Herreros, *representada por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe el dia* 30 *de Mayo de* 1831.

PERSONAJES.	ACTORES
OLINA.	Doña C. Rodriguez.
ÑA MAMERTA.	Doña C. Velasco.
BEL	Doña G. Llorente.
LA.	Doña J. Baus.
FABRICIO.	Don C. Laterre.
ROBUSTIANO.	Don J. Caprara.
LUIS.	Don J. Tamayo.
RIO.	Don A. de Guzman.

ACTO PRIMERO.

La scena es en Madrid, en casa de don Robustiano. El teatro representa una sala bien amueblada con puerta en el foro y s laterales.

ESCENA PRIMERA.

DON FABRICIO, LIBORIO.

Con que ¿vamos viento en popa,
por lo visto?
Sí, Liborio.
La niña me quiere ya
más que Angélica á Medoro.
Doña Mamerta lo mismo
que á las niñas de sus ojos.
Vaya; están locas por mí.
Bien lo veo. Por el pronto
ya le han hospedado á usted
en el cuarto más hermoso
de la casa.—¡Si supieran
que buen pájaro es el novio!
En su simpleza se funda
a dicha que me propongo.
Hijo mio en todo tiempo,
desde que rueda este globo,
costa del ignorante
ome y triunfa el ingenioso.
De algun modo ha de vivir
uien no tiene patrimonio
i gusta de vegetar
sclavo de un escritorio.
Tiene usted mucha razon.
Pues; y yo, que no soy topo,
yo, que en la filosofía
me precio de ser muy docto:
se entiende; no la que enseña
un hambriento pedagogo,
sino aquella en que se aprende
á burlarse de los tontos;
de vanas preocupaciones
la carga excuso á mis hombros;
en el mar de los placeres
menosprecio los escollos,
y al norte de mis deseos
tiendo la vela en el golfo.
LIB. No; pues la tal Carolina,
si no me engaño, tampoco
ha de ser muy preocupada.
FAB. ¡Oh! Ya sé yo dónde pongo
mis lazos. No bien la vi
observé en aquellos ojos
cierto aire de independencia
que no eché yo en saco roto.
LIB. Bien: logró usted su conquista...
FAB. Sí; pero aún no sabes cómo.—
Fué en un baile: bien me acuerdo.
Ya dispuesto á hacerla cocos,
de su cuna y su caudal
secretamente me informo.
Es hija de un maestrante,
me dijeron, poderoso,
millonario; y no hay hermanos
que puedan hacer estorbo.—
Mas ¡qué diablura! Al decirme
su nombre le reconozco
por el héroe singular
de cierto papel jocoso
que escribí dos dias antes.
LIB. Sí; y aquel librero romo
lo compró.
FAB. Sólo de verle
ahí en la Fontana de oro
conocia yo al buen hombre.
LIB. El chasco no ha sido flojo.
Si averigua... Porque al fin
saldrá de un momento á otro
el folleto, y...
FAB. No hay cuidado;

37
678535

que lo firmé cauteloso
por anagrama, y no es fácil
á no volverse demonio...

LIB. Volvamos á la aventura
del baile.

FAB. Lleno de gozo
la saco á bailar; la adulo;
contemplándola me arrobo;
ya se me escapa un suspiro;
ora le digo un piropo;
ora admirando sus gracias
las figuras equivoco.
No me dejé en el tintero
ningun resorte amoroso.
Concluido el rigodon
á su lado me coloco.
Entró la niña en materia,
y habló... ¡vaya! por los codos,
con tanta filosofía,
con tal despejo, que absorto
la estaba oyendo; y ya sabes
que yo de nada me asombro.
Fácil me fué conocer
en dónde bebió aquel chorro
de máximas mal zurcidas
que ensartaba no sé cómo
entre sandeces de marca
y disparates de á fólio:
y me confesó en efecto
haber leido algunos tomos
de esa cómoda moral
que hoy se usa. ¡Yo que tal oigo!
Tomo la palabra entonces.
Por el bello sexo abogo
condenado á la ignorancia,
la opresion y el abandono.
La ilustracion aparente
de aquella aturdida elogió;
y á la santa independencia
entusiasmado la exhorto.

LIB. ¡Para que perdiera usted
tan buena ocasion!

FAB. ¿Soy bobo?
A todo esto, mucho hablar
de probidad, y decoro,
y filantropía... En fin,
adopté como yo solo
el lenguaje seductor
y astuto con que nosotros
los veteranos solemos
fascinar á los bisoños.
Ella..., ya se ve; me oia
como allá en tiempos remotos
los nécios que consultaban
el oráculo de Apolo.
No volvió á bailar... ¿Qué digo?
Ni oia el ruido del bombo.
Ya era el alba, y todavía
duraba nuestro coloquio.
Dió fin la *greca* y el baile;
yo la acompaño afanoso;
me ofrecen la casa... En fin,
de tal suerte me compongo,
que en solo un mes de visitas
desbanco á un don Luis Osorio,
futuro de la muchacha,
que yo no sé á qué negocios
marchó á Flándes habrá un año.
Gano á la madre; me emboco
en su casa, y aunque hereda
la niña montones de oro,
y yo soy un perdulario
que vivo..., de lo que como,
aún creo que han de rogarme
que la admita en matrimonio.

LIB. ¡Cómo! ¿Y será usted capaz...

FAB. Sí; yo soy capaz de todo.

LIB. Bien lo sé; pero..., ¿y Paulita?
¿Ha caido en algun pozo?

FAB. ¡Paula! ¿Quién se acuerda de ella?

LIB. Al fin es usted su esposo,
segun me ha dicho; y seria
una maldad, una...

FAB. ¡Cómo!
¿Con escrúpulos me vienes?
¡Tú moralizas, Liborio!
¿De cuando acá...

LIB. Soy un tuno
sí, señor; yo lo conozco...
pero soy tuno venial.
Alguna vez me hago sordo
al grito de la conciencia;
lo confieso; sobre todo
desde que es usted mi amo:
mas, sin que sirva de enojo,
no valgo yo todavía
para crímenes heróicos.

FAB. ¡Pobre diablo! Tú prometes,
pero aún estás algo tosco.
No hay cuidado. Si me sirves
con lealtad hasta el otoño,
te acabaré de ilustrar.

LIB. Pero diga usted: ¿es moco
de pavo siendo marido
hilvanar otro bodorrio?

FAB. Escucha y no me prediques.
Me enamoraron los ojos
de Paula, huérfana pobre.
Doy en pretenderla; rondo
sus ventanas; la regalo;
la ofrezco el oro y el moro,
y ella, ¡firme en su virtud!
Los encantos de su rostro...
mi amor,... mi impaciencia.... En fin,
calaveradas de mozo!...
Me casé con ella.

LIB. ¡Bravo!
Y á los siete dias ú ocho
se embarca usted y la deja
plantada en la Habana. ¡Oh colmo
de ingratitud!

FAB. ¿Más sermon?
Hoy estás empalagoso.
Tres años há que escapé.
Tan distante, sin socorros,
sin parientes, ¿qué temor
me han de infundir sus sollozos?
¿Cómo me busca? Ni sabe
quién soy, ni mi nombre propio,
porque me casé con ella
bajo el falso de don Zoilo
Esparraguera y Viznaga,
marqués de Sauce-redondo;
ni sabe si ha de encontrarme
en Madrid ó en Estokolmo.
Mas aún no se ha decretado
mi nueva boda. El bolonio
de mi suegro presuntivo

está de parte del otro
pretendiente, y á dejarle
no se atreve como un mono.
Confio en que es indolente,
hombre de ingenio muy romo,
curandero perdurable,
sin saber ni por el forro
lo que es medicina.—En esto
no hay que hablarle, que es temoso;
pero en lo demás un poste
que no tiene voz ni voto.
Yo espero que su mujer
le seduzca. Si lo logro,
habrá boda..., ó no la habrá;
que soy práctico piloto,
como sabes; y segun
sopla el viento, así maniobro.
Lo que urge es salir de trampas;
echar librea y birlocho;
darse buena vida... En fin,
hacer de moneda acopio
por lo que pueda tronar:
y de esto yo te respondo.

LIB. Mejor sabe usted que yo
cuándo ha de comerse el bollo.
Siga usted siendo conmigo
campechano y generoso,
y ruede la bola.

FAB. Tú,
si quieres salir del lodo
en que yaces, y algun dia
llamarte mi mayordomo,
sigue siempre mereciendo
la confianza que en tí pongo.
Oye, ve, calla, y ten flema.

LIB. No hay cuidado. Seré un tronco.

FAB. Vete ya; que si nos ven
charlando como dos loros
pueden sospechar...

LIB. Entiendo.
(Mi amo es el mismo demonio.)

ESCENA II.

DON FABRICIO.

Este bribon me conviene;...
y yo á él. Al cabo somos
despreocupados los dos.—
Los que vivimos de embrollos,
como el pan necesitamos
un confidente celoso
y reservado.—Las diez.—
Hagamos ahora el palomo
derretido.—¡Hola! Aquí vienen
la hija y la madre. Yo corro
á su encuentro.

ESCENA III.

DON FABRICIO, CAROLINA, DOÑA MAMERTA.

FAB. (*Besa la mano á doña Mamerta.*) ¡Oh madre mia!
¡Oh bien que rendido adoro! (*A Carolina.*)

MAM. Muy buenos dias, Fabricio.

FAR. ¿Llegó el instante dichoso
que mi corazon anhela?
¡Ah! ¡Cuál será mi alborozo
cuando yo te llame mia,
y el suspirado consorcio...

CAR. Esa es la dicha suprema
que sin cesar ambiciono;
pero Dios me ha dado un padre
tan preocupado, tan plomo...

MAM. Aún no ha dicho mi marido
formalmente: yo me opongo
á esa boda. ¡Oh! Ni seria
capaz de tamaño arrojo,
porque bien sabe que en casa
quien manda soy yo. Con todo,
se resiste á dar el sí.

FAB. Madre mia, ya supongo
cuáles serán sus motivos.
A tener yo los tesoros
que heredé de mis abuelos,
él hubiera dicho: otorgo.—
Ya creo haberlo contado.
A los impulsos del noto
la fragata en que venian
se estrelló en el Cabo de Hornos,
y cuatro meses despues
en un fatal terremoto
mis molinos y mis casas
se redujeron á escombros.
Soy filósofo, señoras,
y en poca agua me ahogo.
Lo siento, porque á perder
la dulce mano me expongo
de mi amada Carolina.
¡Qué no tuviera yo un sólio,
y entonces...

CAR. A mí me basta
un corazon generoso,
un hombre á quien pueda amar
sin cubrirme de sonrojo,
libre de errores vetustos,
y no encogido y gazmoño.
Tal eres tú, y aunque pobre
con ser tu esposa me honro.

FAB. ¡Feliz yo que tal escucho!—
¡Oh! Si fuera codicioso...
Tengo grandes relaciones,
y aunque parezca amor propio,
no petendiera yo en balde
un destino de alto bordo.
Ya estaria colocado....

MAM. ¿En Hacienda?

FAB. No. En Espolios
y Vacantes.—Mas seria
el tal empleo un desdoro
para mí, que en la carrera
diplomática blasono
de méritos eminentes,
y el mejor dia...

MAM. Mi esposo
no es avaro, pero aún piensa
como pensaban los godos.
Mucho antes de conocerte
nosotras, don Luis Osorio
dió en festejar á la chica.
Yo era entonces..., con bochorno
lo confieso, preocupada:
la niña tierno pimpollo
sin *ilustracion*, sin mundo.
Para abreviar, muy gustosos
le dimos todos el sí.
Ya estaban los desposorios
preparados. De improviso
hereda bienes cuantiosos
en Bruselas. Se lo escriben

y ligero como un corzo,
sabiendo que otros le quieren
disputar aquellos fondos,
parte y suspende la boda
con aprobacion de todos.
Ya hace un año que está allí
batallando con el foro.
En tanto llega la chica
al completo desarrollo
de sus facultades. Yo
tambien me instruyo y me formo.
Los libros, el trato... En fin,
ya pensamos de otro modo.
Mas mi marido, que es hombre
muy concienzudo y devoto,
me dijo ayer: «yo no quiero
echar sobre mí el oprobio
de faltar á mi palabra.
He escrito á Luis sin rebozo
que un rival le ha desbancado.
Si él consiente en el despojo,
yo tambien. ¿Qué más quereis?
Ceda el campo al victorioso,
y entonces sea mi yerno
don Fabricio: me conformo.»

FAB. Vea usted lo que yo digo:
falsas virtudes, erróneos
principios, preocupaciones.
No soy amigo del dolo;
pero al fin una palabra
¿á qué se reduce? A un soplo.
Por más que la hagan valer,
es antes el acomodo,
el bienestar de una hija.
Cuidado que no me abono
por esto, pero jurára
que el tal don Luis es un lobo
con piel de oveja; de aquellos
muy rendidos y afectuosos
cuando novios, y despues
impertinentes, estóicos,
tiranos de sus mujeres.

CAR. ¡Oh! El es fino y obsequioso;
debo hacerle esta justicia;
su mérito es muy notorio...
pero en doctrinas de antaño
tiene imbuido el meollo.

FAB. No habrá leido los libros
de ningun moderno apóstol;
lo juraria...

CAR. Sí tal;
pero los mira con odio.

FAB. ¡Oh pertinacia! ¡Oh miseria!
Ya ¿quién domaba á ese potro?
¿Qué se ha de esperar de un hombre
que cierra á la luz sus ojos?
El pedirle nada bueno
es pedir peras al olmo.

MAM. El seria en mi opinion
muy cominero...

FAB. Y muy zorro.

MAM. Poco amigo de visitas...

CAR. Maridazo pegajoso,
siempre cosido á los autos.

MAM. Sin dejarte ir á los toros
con una amiga, ni á bailes,
ni al teatro...

FAB. En fin, un mónstruo.

CAR. Mil veces le oí decir
que era justo poner coto
á lo que él llama pasion
del lujo; y con mucho encomio
me hablaba de economía.

FAB. ¡Pues! te haria comer bódrio;
serian todas tus joyas
algun collar de abalorio;
no estrenarias vestido
sino en la fiesta del *Corpus*...
¡Qué horror! Vamos; en dos dias
te iba á echar ese hombre al hoyo.

MAM. A bien que él no ha de querer
comprometer su reposo,
y es regular que desista
de sus planes ilusorios
cuando sepa lo que pasa.
Para evitar alborotos
esperemos su respuesta
que debe llegar muy pronto;
y ceda ó no ceda Luis,
quiera ó no quiera mi esposo,
os casareis; yo lo juro,
ó nos han de oir los sordos.

CAR. Papá viene.

ESCENA IV.

CAROLINA, DOÑA MAMERTA, DON FABRICIO, DON ROBUSTIANO.

FAB. ¡Oh, mi señor
don Robustiano! ¡Qué gordo?
Por usted no pasan dias.

ROB. Pues mire usted, hoy me noto
cierto peso en el abdómen...
Sin duda es humor bilioso
que obstruye los intestinos.
Tomaré despues un sorbo
de *Le Roy* para evitar
que dañe los hipocondrios
y se convierta mi achaque
en algun cólera-morbo
que me haga salir con solfa
por la puerta de los Pozos.

MAM. ¡Fuerte empeño de andar siempre
inventando enjuagatorios,
y pócimas, y...

ROB. Mujer,
tú no has de mandar en todo.
Sea yo dueño siquiera
de mi salud.

MAM. ¿No es un loco
el que estando bueno y sano
y con más vigor que un toro
de Jarama, con potingues
se anticipa los responsos?

ROB. ¿Responsos? Pues ya verémos
si me prueba el plan que adopto
cuál muere antes de los dos.

MAM. Muy bien: cúrate á tí solo,
ya que has dado en la manía
de pasar el purgatorio
en vida; mas no te empeñes
en curar del mismo modo
á todo el mundo.

ROB. ¡Eso es!
No sé cómo me reporto.
¿Tambien has de censurar
que yo socorra piadoso
á la humanidad doliente?
¿Hago yo algun monopolio

con mis recetas?
MAM. Y ¿dónde,
dónde has aprendido, ó cómo
la medicina? ¿Qué libros,
qué cátedras?...
ROB. Poco á poco.
No soy ningun charlatan.
Cuando me apuntaba el bozo
cursé un año de farmacia;
visito el Conservatorio
de San Cárlos con frecuencia;
consulto en los equinoccios
los doce signos celestes
desde Tauro á Capricornio;
y tengo un libro colmado
de secretos portentosos
con el cual el más doctor
comparado á mí es un bolo.
FAB. Y al fin la práctica... Vamos;
digo que es usté un emporio
de ciencia. ¡Oh! Y tiene una fama
por Madrid y sus contornos...
ROB. Tanto honor...
FAB. Dígame usted:
hace unos dias que toso
con frecuencia, y en las fáuces
siento así, como un rescoldo...
Me aflige tambien un callo,
y por más que me lo corto...,
¡nada! me duele á rabiar.
Yo temo quedarme cojo.
Se ha formado entre los dedos
del pié izquierdo...
ROB. Ojo de pollo.—
¿Se lo quiere usted curar?
Tengo un remedio asombroso.
FAB. ¿Sí? Diga usted, diga usted.
ROB. Se tiene un mes en remojo
la raíz de escorzonera;
se tuesta luego en el horno;
se muele; se echan dos gotas
de espíritu de vitriolo;
y con esto, y cera vírgen,
y raeduras de corcho
se hace un ungüento anodino
que consume poco á poco
el callo hasta que lo arranca
de cuajo.
FAB. ¡Si es un asombro
lo que...
ROB. Conviene advertir
que es inútil, y aún dañoso
usarlo fuera de tiempo.
FAB. ¿Y qué tiempo será propio...
ROB. Es necesario esperar
al plenilunio de Agosto.—
En cuanto á la tos contínua
y ese síntoma ardoroso
de las fáuces, será bueno
ver de dilatar los poros
y sudar mucho.—Hace usted
machacar un buen manojo
de verdolagas; se cuecen
con hojas de cinamomo,
que pide usted de mi parte
ahí en el jardin del cónsul;
esta tisana se cuela;
se le echan luego unos polvos,
que daré á usted, y unas gotas
de jarabe de meconio;
la toma usted en ayunas;
se aplica un vejigatorio
á la nuca, y en tres dias
envia esa tos al rollo.
FAB. Lo haré; pierda usted cuidado.
¡Si digo que es un aborto
este hombre! Cuando lo sepa
mi amigo *Pozzo di Borgo*
se va á pasmar.
MAM. ¡Eh? Ya basta,
que me canso y me incomodo
de oirte disparatar.—
¿Te ha escrito don Luis Osorio?
ROB. A decíroslo venia.
CAR. Sin duda algun protocolo
de injurias, quejas, clamores...
¡Pobrecillo! Le perdono
con tal que me deje en paz.
ROB. No. Don Luis escribe corto.
«Resignado estoy, me dice.
La fe jurada no invoco
de Carolina. ¡Dios quiera
bendecir su matrimonio!
Pero su extraña conducta
cuanto más la reflexiono
la juzgo más increible.
Bien veo que la provoco
á menospreciarme más;
pero apelo al testimonio
de la evidencia. Yo quiero
que franca y sin circunloquios
me diga por qué motivo
cambia mi boda en divorcio;
y pocas horas despues
de esta carta me propongo
estar en Madrid.»
CAR. ¡Qué escucho!
ROB. Ahora meditad vosotros
lo que habeis de responderle,
y evitadme á mi un bochorno.
Yo voy á echarme al coleto
mientras tanto un grano de opio
disuelto en un cortadillo
de *Le Roy*, y luego me pongo
la cataplasma. Vereis,
vereis cómo me remozo.

ESCENA V.

DOÑA MAMERTA, DON FABRICIO, CAROLINA.

CAR. ¿Y que le digo yo á ese hombre?
MAM. ¡Cuidado si es perentorio
el señorito! ¡Corre
expuesto á romperse el lomo
más de cuatrocientas leguas
sin más fin que hacer el oso
y averiguar que su novia
se quiere casar con otro!
CAR. ¡Se luce don Luis! Él viene
á hacer un papel airoso.
FAB. Deja; le darémos dulces,
y así no lo pierde todo.
MAM. Pues que no venga con fueros;
que yo no me las ahorro
con nadie, y si me alza el gallo,
con mis uñas le destrozo.
CAR. Y yo le haré mil desprecios.
FAB. ¡Bravo! Y yo á mi cargo tomo

desafiarle si es preciso,
y verás cómo le postro
á mis piés.
CAR. No aceptará,
porque son muy temerosos
esos hombres preocupados,
y en un lance tienen todos
mucho respeto á las leyes
y poca aficion al plomo.
MAM. No hablemos más de ese necio.—
Hoy hace un dia asombroso.
¿Vámonos á Vista-alegre
á almorzar?
FAB. Sí; y con Oporto
darémos la bienvenida
á mi rival.
MAM. Vamos pronto
al tocador. Hasta luego.
CAR. Tú entre tanto dí á Bartolo
que ponga la carretela.
FAB. Quizás á nuestro retorno
ya estará aquí el desdichado.
CAR. Se va á quedar como un copo
de nieve cuando nos vea
don Luis.
FAB. Sí; el viajero tonto.
MAM. Eso, eso. ¡Bravo! Le viene
de perillas el apodo.

ESCENA VI.

D. FABRICIO.

Pues no las tengo yo todas
conmigo; y aunque mi rostro
lo desmienta, la venida
de don Luis me inquieta un poco.—
Mas ¿qué temo? A estas mujeres
las he entrado por el ojo
derecho; yo no soy hombre
que fácilmente me atollo.—
Apresuremos el lance,
porque un partido tan mómio
no es de perder, y escudado
con don Luis el vejestorio
pudiera... ¿Qué es de mi fama
si la empresa no corono?
Ea pues; ¡filosofía,
valor! y á Roma por todo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON ROBUSTIANO, ISABEL.

ISA. Ya no debe de tardar
don Luis.
ROB. Al pobre le espera
mala acogida.
ISA. ¿Por qué?
Pues, ¿acaso usted no piensa
como siempre?
ROB. Sí, querida;
y como en mí consistiera
no casaria con otro
Carolina. Mi promesa...
ISA. ¿Quién le impide á usted cumplirla?
ROB. ¿Quién me lo impide? ¡Esa es buena!
La antipatía invencible
que le ha cobrado en su ausencia
Carolina. ¿Quieres tu
que la haga casar por fuerza
con un hombre que aborrece?
ISA. Ni me pasa por la idea
semejante tiranía;
mas sin usar de violencia
quizá con buenos consejos
y un poco más de entereza
lograria usted quitar
de sus ojos esa venda
que la ofusca, y sin remedio
á su perdicion la lleva.
ROB. ¿Qué he de hacer? De don Fabricio
está enamorada, ciega;
y él es un hombre de pró,
admitido en las primeras
sociedades...
ISA. Él lo dice.
ROB. Miembro de diez academias,
y ¿qué sé yo cuántas cosas?
ISA. Sin un ochavo de renta;
paseante en córte.
ROB. La chica
es mi única heredera,
y gracias á Dios yo tengo
bien provista la gabeta.
ISA. Bien; pero ¿quién le conoce?
¿Quién es ese hombre?
ROB. Mamerta,
que es muy ladina, y se alaba
de que nadie se la pega,
y ha leido en solo un año
más que un letrado en cuarenta;
Mamerta, que le conoce,
le ensalza y le recomienda.
ISA. ¿Y no han podido á mi tia
engañar las apariencias?
ROB. ¡Oh! Una madre no se engaña
tan fácilmente; y más ella
que corta un pelo en el aire.
ISA. ¡Ay! La ternura materna
tambien tiene sus delirios
como el amor, y es funesta
á los hijos muchas veces
si la razon no la templa.
ROB. Pero quisiera saber
en qué fundas esa tema
contra don Fabricio.
ISA. Y yo
tambien indagar quisiera
por qué les inspira á ustedes
tal confianza.
ROB. ¡Eh! No me vengas
á reformar; que ya es tarde
para aprender otra escuela.
Nunca me ha gustado, nunca,
meterme en vidas agenas.
ISA. Esa es accion reprensible
cuando por vicio se emplea
para murmurar despues;
pero bien puede sin mengua
un buen padre averiguar
en cuáles manos entrega
á su hija.
ROB. Pero ¡si sabes
que yo en esas bagatelas
nunca me mezclo! Mi esposa
es quien todo lo gobierna.
Desde que somos consortes,

que ya va larga la fecha,
vivimos en una paz
que al vecindario embelesa,
y eso que Mamerta tiene
muy mal genio. Es altanera,
caprichosa... Pero yo
me he propuesto por sistema
el decir á todo amén
cuando se irrita y vocea.
Con esto, y mi perro de aguas,
mi medicina casera,
mi cigarrito, mi Biblia,
mi tresillo, mi escopeta,
engordo y soy el mortal
más dichoso de la tierra.
ISA. ¡Ah tio! Tanta blandura...
ROB. Bien haya la Providencia
que me la dió; que á tener
la condicion de Mamerta,
¡buen Dios! seria mi casa
un infierno.
SA. No quisiera
que usted se enojase, tio,
pero me precio de ingénua,
y he de decir lo que siento.
Esta es, señor, una deuda
de mi gratitud. No olvido
que en la horfandad y miseria
usted me amparó piadoso.
OB. Vamos al caso, y no vuelvas
á poner en boca...
A. Usted
tiene en verdad muchas prendas
que le hacen recomendable:
probidad, honor, prudencia
desinterés;... pero todas
con una sola flaqueza
se destruyen. Dedicado
á estudiar drogas y yerbas
ignora usted de los hombres
los vicios y las cautelas;
y este es el libro más útil
porque á vivir nos enseña.
Dirá usted en su interior:
una muchacha inexperta
¿quién es para aconsejar
á quién cumplió los sesenta?
Mas cualquiera que consulta
la razon y la conciencia,
puede dar un buen consejo,
aunque el lauro no pretenda
de filósofo á la moda
y erudito á la violeta.
B. Bien. Todo eso se reduce...
. Se reduce á que usted sepa
recobrar su autoridad;
á que hoy mismo se resuelva
á condenar á las llamas
esos libros de moderna
metafísica infernal,
que con frases halagüeñas
pervierten los corazones
y trastornan las cabezas.
B. ¿Qué sabes tú si son malos
esos libros, bachillera?
. Aunque nunca los leí
me atengo á las consecuencias.
Veo que jamás han sido
las costumbres tan perversas,
y nunca se ha escrito más
de virtud, beneficencia,
tolerancia... Veo en fin
que con la fatal leyenda
de esos libros, esta casa
parece ya una Ginebra;
sobre todo, desde el dia
que entró don Fabricio en ella.
ROB. ¿Y tú presumes?...
ISA. ¡Ah! ¡Nunca
se hubiera abierto esa puerta
para él! Menos estragos
hubiera hecho una epidemia.
ROB. Pero, mujer...
ISA. ¿Con qué cara
le dirá usted cuando venga
don Luis: «estoy resuelto
á no cumplir mis ofertas.
Un caballero de industria
á mi pesar se apodera
de mi hija y de mis bienes.
Yo...»
ROB. Basta, que me mareas.—
¿Qué he de hacer? Yo bien conozco
que es una mala vergüenza
el dejarme gobernar
por mi dulce compañera.
Bien veo que Carolina
se me va haciendo resuelta
y parlanchina cuando antes
era ejemplo de modestia.
Bien veo que don Fabricio
con tanta prosopopeya
vale menos que don Luis;
pero... ¡qué quieres! la idea
de afligir á la muchacha;...
los consejos de Mamerta;...
el qué dirán;... mi carácter
enemigo de pendencias...—
Vamos; allá se compongan,
y sea lo que Dios quiera.
ISA. Pero, tio...
ROB. ¿Te has propuesto
apurarme la paciencia?
ISA. Yo no, señor; mas don Luis...
ROB. A fe que si tú te prendas
mañana de un mozalbete,
no te gustará que quieran
contrariar tu inclinacion.—
Pero tú tienes ojeras.
y ese semblante... ¿Estás mala?
ISA. No, señor.
ROB. Eso me vuela.
¿A qué es negarlo? Conmigo
es inútil tu reserva.
ISA. Pero ¡si nada me duele!
ROB. Pues yo sé que no estás buena.—
Dame el pulso.
ISA. Vaya el pulso.
(Se empeña en que estoy enferma
y se saldrá con la suya.)
ROB. Hay destemplanza.—La lengua.
ISA. ¡Jesus, tio! (*Saca la lengua.*)
ROB. Bien; ya basta.
Tú sientes inapetencia;
¿eh?
ISA. No por cierto.
ROB. Pues bien;
estás amagada de ella.

Cierto dolor en la frente,
así á modo de jaqueca...
ISA. Lo que es jaqueca...
ROB. ¿No digo?
Y harto será que no tengas
vahídos de cuando en cuando.—
Tu estómago no está en regla.
Es preciso que te purgues.
ISA. ¡Si no me siento indispuesta
ni he menester... (¡Qué porfía!)
ROB. ¡Eso es! Todo lo desprecia
la insensata juventud.
Así los males progresan;
así...
ISA. Bien; me purgaré.
pero don Luis...
ROB. No me bebas
esas tisanas laxantes
que tanto nos recomiendan,
ni agua de Vacia-Madrid,
crémor, ni sal de la higuera...
Nada de eso. Unas tomitas
de la insigne panacea
que en vano tantos doctores
calumnian y menosprecian.
¡Oh *Le Roy*, inmortal *Le Roy*,
más digno de fama eterna
que Calígula y Pizarro,
y Tarquino, y Julio César,
y Jerges, y...
ISA. Sí, señor.
(¿Se ha visto mayor simpleza?)
ROB. Del segundo grado: ¿entiendes?
Tomas un caldo, te acuestas;
y si sientes calosfrios,
se te darán unas friegas.

ESCENA II.

ISABEL, DON ROBUSTIANO, LIBORIO.

LIB. El señor don Luis de Osorio...
ROB. ¡Cómo! ¿Ya...
LIB. Pide licencia...
ROB. ¿Cuándo la ha necesitado
en mi casa? Corre, vuela;
que entre...
LIB. Ya está aquí.

ESCENA III.

DON ROBUSTIANO, ISABEL, DON LUIS.

ROB. ¡Oh, don Luis!
LUIS. ¡Don Robustiano!
ROB. Ea, venga
un abrazo.
LUIS. Isabelita,
tengo el honor...
ISA. Usted sea
muy bien venido.
ROB. ¿Qué tal
lo ha pasado usté en Bruselas?
LUIS. Así, así.
ROB. ¿Y el pleito?
LUIS. Al fin
se consiguió providencia
favorable.
ROB. ¡Hola! Me alegro.
Doy á usted la enhorabuena.
LUIS. Las señoras...
ROB. Han salido.
¿Qué hace usted que no se sienta?
LUIS. Estoy bien...
ROB. Entre nosotros
jamás ha habido etiquetas.
(*Le ofrece una silla y se sientan los tres.*)
Vaya.
LUIS. Mil gracias.
ROB. Yoextreño
que no use usted de franqueza
conmigo.
LUIS. ¡Qué quiere usted!
Aquella amistad estrecha
que otro tiempo nos unia
se ha entibiado con la ausencia
como suele suceder;
y es muy justo que yo tema...
ROB. ¿Qué es temer? Yo siempre soy
el mismo, y á consecuencia
con mis amigos, ninguno
puede ganarme en la tierra.
LUIS. Yo no dudaba...
ROB. Mi casa,
mis medicinas, mis rentas
son siempre de usted, amigo.
LUIS. Yo estimo...
ROB. Cuando usted quiera,
sin ninguna ceremonia.
entre, salga, coma, beba,
mande...
ISA. ¡Con qué bizarría
prodiga usted las promesas!
Bien se ve que no está en casa
mi tia doña Mamerta.
ROB. ¿Quieres callar tú? ¿Se ha visto
sobrina más picotera?
LUIS. La última carta de usted
bien claramente me prueba
que debe de ser á ustedes
poco grata mi presencia.
Sé que en vano alimentaba
la esperanza lisonjera
de un enlace en que mi dicha
se cifraba, y que la bella
Carolina me abandona
por otro.
ROB. Yo...
LUIS. No se crea
que he venido á perturbar
su ventura con mis quejas;
pero quiero que ella misma
la libertad me devuelva
que me robó; de su boca
quiero saber mi sentencia;
y que su rostro se cubra
de rubor cuando me vea.
Quiero de pérfida, ingrata
y alevosa convencerla;
quiero en fin... ¡Ah! Yo no sé
lo que quiero.
ROB. Estas mozuelas
son tan caprichosas... Yo
nunca creí que pusiera
los ojos en otro, pero
ya se ve; con sus ideas
estrambóticas... Y en parte
la culpa no es toda de ella.
Si usted no se hubiera ido...
Hacienda, tu amo te vea,

ESCENA VII.

D. Fabricio, Liborio.

Lib. Malas nuevas. Don Remigio
Ribero, aquel mercader
á quien con nombre fingido
pilló usted doscientos duros
en Cuenca...
Far. Bien; ¿qué hay?
Lib. Le he visto,
y por más señas entrando
en la casa de un ministro
de justicia.
Fab. (¡Hola!) (*Afectando serenidad.*) No importa.
Lib. Pero es que me ha conocido;
y si los piés no me salvan...
Fab. Sin pruebas y sin testigos
¿qué ha de hacer?
Lib. Señor, es lince
la justicia y halla indicios
y pruebas en donde menos
se imagina.
Fab. ¡Qué prolijo
misionero! ¿Hay cartas?
Lib. Una.
(De su frescura me admiro.)
Tome usted.
Fab. Es de la Habana.
¡Gracias á Dios que he tenido
respuesta! (*La lee para sí.*)
Lib. (¿Será Paulita...
¡Malo que tuerce el hocico!)
¿Qué novedad... (Para sustos
no gano desde que sirvo
á este filósofo.)
Fab. Vamos;
fuerza es tomar un partido.
Lib. ¿Qué hay de nuevo?
Fab. Aquí me dice
cierto camarada antiguo,
á quien pedí se informase
de Paulita con sigilo,
que resuelta á perseguirme
tomó flete en un navío
mercante con direccion
á España, y que su designio
era fijarse en Madrid;
mas ya hará un año que vino
si no la tragó la mar;
y es muy remoto el peligro
en caso de haber alguno.—
Con todo, yo determino
largarme de aquí muy pronto.
¿Quieres seguirme?
Lib. Hasta el Limbo.
Fab. Pues esta noche robamos
á Carolina, y partimos.
Lib. ¿Está usted dado al demonio?
Intentar un rapto...
Fab. ¡Chito,
no nos oigan!—Lo primero
es hacer ahora añicos
los papeles que me puedan
comprometer.—No habrá ruido
ni violencia. Haré á la niña
cómplice de mi delito,
y... ¿Tiemblas, bribon?
Lib. Sí tiemblo;
mas no es de miedo; es de frio.
Fab. Ven; preparemos la fuga.
Lib. ¿Quién nos guiará?
Fab. Un bolsillo.
Lib. Como vaya bien repleto,
usted se abrirá camino.
¿Y dónde vamos?
Fab. A Lóndres.
Lib. Y si acaso en el garlito
nos cogen, ¿á dónde irémos
entonces?
Fab. A punto fijo
no lo sé; pero es probable
que vayamos á presidio.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Isabel.

(*Aparece con un libro en la mano y se sienta.*)
¡Qué bribon tan redomado
y qué fantasmon tan necio!
Con el bocado en la boca
vengo de la mesa huyendo
por no oirle, y por no ver
el ascendiente funesto
que ejerce sobre mi tia
y mi prima. Mucho temo
vuelvan á triunfar del tio:
aunque no es de mal agüero
haberse ido echando pestes,
cosa muy rara en su genio,
á comer fuera de casa.—
Este don Luis... Ya le espero
con impaciencia. Si ahora
sabe tomar mi consejo...
¿Quién sale? El falso profeta.
Vuélvole la espalda y leo.

ESCENA II.

Isabel, Don Fabricio.

Fab. ¿Cómo así tan retirada,
Isabelita?
Isa. No tengo
ganas de conversacion.
Fab. (*Tomando el libro.*) Permítame usted. ¡Qué veo!
El Hombre feliz.—¡Prosáico
libro, insulso! El reverendo
padre Almeida era un pobre hombre.
No carecia de ingenio,
pero... no estaba al nivel
de ciertos conocimientos...
Era, en fin, preocupado.
No es tan ardua en este tiempo
la virtud como él la pinta
ni tan áspero el sendero
que á la suprema ventura
nos guia.—No lea usté eso.
(*Devuelve el libro á Isabel.*)
Yo le proporcionaré
otros libros más amenos,
y usted me dará las gracias
luego que se empape en ellos.
Isa. Ni yo los he menester,
señor mio, ni le han hecho
mi preceptor.
Fab. Es verdad;

pero mis buenos deseos
de ilustrar á usted...
ISA. Yo sé
bastante para mi sexo.
FAB. Tal como quiere que sea
la tiranía del nuestro,
sin duda. Si embelesar
al hombre es el sólo objeto
que una mujer...
ISA. ¡Me está usted
requebrando!
FAB. ¿Y qué hay en esto
de malo?
ISA. Nada; que yo
no gusto de los requiebros
de usted.
FAB. ¡Oh! Son inocentes.
No crea usted que yo pienso
ser infiel á Carolina.
¡Ni por asomo!—Volviendo
á nuestra conversacion,
usted, que tiene talento
privilegiado, debiera
sacudir el duro freno
de prácticas rutinarias.
No faltan buenos modelos
que en un mes reformarian
su corazon.—Yo me ofrezco
á ser su bibliotecario
de usted y hacerla el portento
del siglo.—¡Pobres doncellas!
Las tienen muertas de miedo. (*Vase Isabel.*)
No las dejan leer nada;
todo es hablarles de infierno...

ESCENA III.

D. FABRICIO.

¡Calla! Se ha ido y me deja
dando lecciones al viento.—
¡Tan rebelde es como linda!—
¡Eh! Que le haga buen provecho
su ruda virtud. A bien
que á Carolina ya he puesto
como una malva. No falta
más que pillarla en secreto
media hora, y fácilmente
á la fuga la resuelvo. —
Los momentos son preciosos.
Si con mi mujer me encuentro,
que no seria difícil,
voy á verme en grande aprieto.
La carta que he recibido
me hace temer...

ESCENA IV.

DON LUIS, DON FABRICIO.

LUIS. ¿Caballero?
Una palabra. ¿Es usted...
perdone si le detengo,
don Fabricio de Requena?
FAB. Servidor de usted.
LUIS. Me alegro.
Tenemos que hablar los dos.
FAB. No hay inconveniente. (Apuesto
á que es mi rival este hombre,
que su lenguaje y su aspecto
son de novio desahuciado.)
LUIS. ¿Me conoce usted?
FAB. No creo
haber tenido el honor...
la ventura... (¡Vaya un gesto!)
LUIS. Pues yo soy don Luis de Osorio.
FAB. Muy señor mio y mi dueño.
LUIS. Prometido esposo...
FAB. Sí;
ya sé... Tome usted asiento.
Sírvase usted... (*Le ofrece una silla.*)
LUIS. Muchas gracias.
De pié nos entenderémos.
FAB. ¡Ah! Llamaré á las señoras...
LUIS. No hay para qué; pues yo vengo
á hablar con usted.., y á solas.
FAB. (¡Esto va malo!)
LUIS. Al efecto
sígame usted. Cerca está
la puerta de Recoletos
FAB. ¿Y á qué fin...
LUIS. Usted me entiende.
FAB. (Este hombre viene resuelto
á matarme.) Usted perdone.
Humanamente no puedo
por hoy...
LUIS. (*Con tono amenazador.*) Es usted un fátuo.
FAB. ¿Se burla usted?
LUIS. No por cierto.
¡Para burlas estoy yo!
Lo repito y lo sostengo:
es usted un fátuo.
FAB. Ya...
lo que es fátuo... Sí; algo hay de eso.
LUIS. Un charlatan insufrible.
FAB. Siempre tuve ese defecto.
LUIS. Un enredador.
FAB. El mundo
siempre ha sido un puro enredo.
LUIS. Un petardista.
FAB. Así dicen.
LUIS. Un farsante.
FAB. No lo niego.
LUIS. (No habrá medio de reñir
con este apunte.) Un hambriento.
FAB. Ya...
LUIS. Un seductor, un bribon,
un canalla...
FAB. ¡Qué chancero
es usted! Y se le ocurren
tales cosas... Vaya; un genio
festivo como el de usted
no se paga con dinero.
LUIS. Aquí no hay chanzas que valgan;
y si acaso mis dicterios
le ofenden á usted, soy hombre
que sé sostener...
FAB. ¡Un duelo!
No, amigo mio, que yo
de filósofo me precio,
y más que á la negra honrilla
tengo amor á mi pellejo.
¡Qué preocupacion! Matarse,
cuando las leyes del reino
lo prohiben, por niñadas...
LUIS. Tampoco tengo yo empeño
en matarme con usted
si se presta á mis deseos.
FAB. ¿En qué puedo yo servir
al señor de Osorio?

LUIS. Hablemos
con franqueza. Yo deliro
por Carolina. Hubo un tiempo,
cuando libros inmorales
y seductores perversos
como usted...
FAB. (*Con risa forzada.*) ¡Eh!...
LUIS. No la habian
descuadernado los sesos,
hubo un tiempo venturoso
en que premiaba mi afecto.
FAB. Pero ahora, usted lo sabe:
está que bebe los vientos
por mí.
LUIS. Encaprichada, sí;
pero enamorada, niego.
FAB. Llámelo usted H. Amor
y capricho en mi concepto
son sinónimos.
LUIS. No importa.
Sofisterías dejemos.
Usted sobra en esta casa.
FAB. Yo sobro.. sí; lo confieso,...
para usted, porque le estorbo.
LUIS. Sí, señor.
FAB. Pero si debo
hablar con ingenuidad...
LUIS. Hable usted.
FAB. Siendo muy cierto
que yo soy el preferido,
el que sobra aquí en efecto
es usted.
LUIS. (*Airado.*) ¡Cómo!
FAB. Es decir...
LUIS. Señor Requena, acabemos.
se llama usted preferido
por la niña; santo y bueno;
cuenta usted con el apoyo
de sus padres...
FAB. (Mi destierro
ignora. Si lo supiera...)
LUIS. Todo eso me importa un bledo;
pero aún con tantas ventajas
hace usted mal, se lo advierto,
en aspirar á la mano
de Carolina.
FAB. Sí; pero...
Como...
LUIS. Usted no la merece.
FAB. Ya sé yo que no merezco...
LUIS. No será usted su marido.
FAB. ¿Por qué?...
LUIS. Porque yo no quiero
que lo sea usted.
FAB. No es fácil
replicar á ese argumento.
LUIS. Con que, amigo, si es verdad
que tiene usted tanto apego
á su individuo, abandone
el campo; se lo aconsejo.
FAB. (¡Esto de haberme pillado
entre puertas... Si me esfuerzo
á replicarle, hay camorra;
si pido socorro, pierdo
mi prestigio.—Obrar conviene
con prudencia. Conjuremos
el nublado, que despues...)
LUIS. Vamos; resuelva usted presto.
FAB. Amigo, usted no se admire
de verme un poco perplejo,
porque es grande el sacrificio.
¡Alí es nada! ¡Cien mil pesos
de dote!—Eh! Por otra parte...,
usted tiene más derecho
que yo...; y la filantropía...;
los principios que profeso...
Si hemos de hablar con franqueza,
no estoy lo que llaman ciego
por ella. Yo soy sensible;
naturalmente modesto;...
despreocupado;...capaz
de rodar por esos suelos
en obsequio de un amigo;
y más siendo tan atento
como don Luis, tan... La novia
es de usted: yo se la cedo.
LUIS. Estoy muy agradecido
á ese favor; pero tengo
otro que pedir á usted.
FAB. ¿Cuál?
LUIS. Que busque alojamiento
en otra parte, y no vuelva
á esta casa.
FAB. Lo prometo.
mañana me mudaré.—
Ahora pudiera hacerlo;
mas tan bruscamente... Nunca
debe el hombre ser grosero.
Me despediré esta noche.
Inventaré algun pretexto...
LUIS. Bien está; pero mañana
antes de las diez...
FAB. Almuerzo
y me largo. ¡Si yo soy
más interesado en ello
que usted mismo! ¿Qué papel
quiere usted que haga yo...
LUIS. Bueno.
No hay que hablar. Si usted no cumple
su palabra... ¡nos verémos!

ESCENA V.

DON FABRICIO.

Al fin se fué. La camisa
ya no me llegaba al cuerpo.
Yo soy muy despreocupado
para que me infundan miedo
los vampiros, las fantasmas,
los espíritus folletos,
y todas esas consejas
con que entretienen el sueño
de los niños; pero un hombre
á quien irritan los celos
no es duende que se conjura
con hisopo y *vade retro.*—
Pues, señor, ahora sí que urge,
verificar mi proyecto.
Si la muchacha conmigo
toma las de Villadiego,
hacemos causa comun,
y ya es preciso que el viejo
á fuerza de oro me saque
de tantos atolladeros,
por cubrir el expediente.—
A Carolina busquemos
volando, y... Mas siento pasos.
Ella es.—Aquí de mi ingenio,

ESCENA VI.

DON FABRICIO, CAROLINA.

FAB. ¡Dulce bien mio!
CAR. ¡Fabricio!
¡Solo aquí!
FAB. En este momento
te iba á buscar. Tu mamá
¿dónde ha ido?
CAR. Está durmiendo.
FAB. Bien. ¿Y tu gótica prima?
CAR. Encerrada en su aposento.
FAB. ¡Ay, Carolina!
CAR. ¿Qué tienes?
¿Por qué suspiras?
FAB. ¡Qué adverso
es mi destino!
CAR. Tú me haces
temblar. Habla. ¿Qué funesto
accidente...
FAB. ¡En qué ocasion
le ha ocurrido al estafermo
de tu padre reprobar
nuestro ansiado casamiento!
CAR. Pero ¿por qué?
FAB. De tu madre
han sido vanos los ruegos;
y no osará repetirlos
á pesar del mucho afecto
que me tiene.
CAR. Sí; despues
del terrible contratiempo
de esta mañana, ha caido
en tan triste abatimiento...
Pero yo espero que pronto
recobre su antiguo imperio
sobre mi padre; y entonces...
FAB. Si á esa esperanza me atengo.
no serás mia.
CAR. ¿Por qué?
FAB. Mañana mismo me ausento
de Madrid.
CAR. ¿Con qué motivo?
FAB. ¡Faltaba á mi desconsuelo
este golpe!—Esta mañana
fuí llamado al ministerio...
Nada he querido decir
á tu familia.—El gobierno
hace justicia una vez
á mi fama y mis talentos,
pues sin yo solicitarlo
me ha conferido un empleo.
CAR. ¿Fuera de la córte?
FAB. Si.
Para país extranjero.
CAR. ¡Ah! ¡Qué dices!—Y ¿cuál es
el destino?
FAB. Todo el Cuerpo
diplomático me envidia.
Es un mensaje secreto
para la córte...
CAR. ¿De Roma?
¿De Paris?
FAB. No. De Marruecos.
Es negocio urgente y grave,
y yo sin hacerme reo
no lo puedo rehusar.
CAR. Pero ¿no puedes al menos
tu partida suspender
algunos dias?
FAB. No puedo.
Si hago tal, los intereses,
la dignidad comprometo
del Estado.
CAR. ¿Será larga
tu ausencia?
FAB. Hasta fin de invierno
permaneceré en la córte
marroquí; pasaré luego
al Helesponto; despues
iré á Ginebra; y si asciendo
al grado de embajador,
como yo me lo prometo
y el ministro me lo afirma,
seré llamado al congreso
que se habrá de celebrar
en Cafarnáun.
CAR. ¡Santos cielos!!
¿Cuándo te vuelvo yo á ver?
FAB. En tanto que yo me alejo,
aquí queda mi rival
que muy pronto de tu seno
desterrará mi memoria.
CAR. Ingrato, ¿qué fundamento
tienes para hablar así,
cuando sabes que te quiero
más que á mí misma?
FAB. Lo sé;
pero la porfía, el tiempo...,
mi ausencia... ¡Ay hermosa mia!
No hay arbitrio, yo te pierdo,
te pierdo si no te atreves...
CAR. ¿Qué quieres decir con eso?
FAB. Carolina, si es verdad
que me amas; si late exento
de apolilladas ideas
ese magnánimo pecho;
si no en vano me apellidas
amigo, amante y maestro,
sígueme. Libre naciste,
y libre soy. Son derechos
sagrados los del amor.
¿Por qué devorar el fuego
que nos abrasa? ¿Por qué
reprimir nuestros deseos?
¿Por qué de nuestros suspiros
dilatar el dulce premio?
¿No es flaqueza y cobardía
sucumbir al duro peso
de la autoridad paterna,
y á sus tiranos preceptos
sacrificar nuestra dicha?
CAR. Tienes razon; bien lo veo;
pero mi sexo..., mi estado...
Cuando lo sepan mis deudos
y mis amigas... Mi madre
no consentirá...
FAB. Ni es bueno
que lo sepa, porque en su alma,
á pesar de mis esfuerzos,
de sus ráncias aprensiones
aún conserva muchos restos.
Ya se ve; mujer nacida
allá por mil setecientos
sesenta y tantos.
CAR. Si yo
no oyera más que los ecos

del amor, no dudaria
condescender á tus ruegos;
pero la opinion...

FAB. ¡Bobada!
Sólo á espíritus groseros
intimida la opinion.
¿Y piensas que yo pretendo
que como una aventurera
me sigas de reino en reino?
¡Ah no! No lo creas. Tanto
como te amo te respeto.—
Espera un poco.
(*Llega á las puertas á observar si le oyen, vuelve á la escena.*)

CAR. (¿Qué haré?)

FAB. Nadie nos oye.

CAR. (Yo tiemblo.)

FAB. Busca una excusa y no vayas
esta noche al coliseo
con tu madre y con tu prima.
Tu padre, primero muerto
que perdonar su tresillo
ahí en casa de don Pedro.—
Vengo. Te hallo preparada.
Damos un par de paseos
en el jardin. Por la verja
nos salimos de bracero.
Un buen coche de camino,
que á nuestra fuga prevengo
ahí en la calle inmediata,
nos da cómodo aposento.
En hora y media llegamos
á la casa de recreo
de mi parienta y amiga
la condesa del Barbecho.
Nos casamos: con el alba
en camino nos ponemos;
llegamos á Cartagena.
Desde aquel hermoso puerto
á las costas africanas
se arriba con viento fresco
en pocas horas... ¡Qué gozo
para mí verte en Marruecos,
allí donde las mujeres
tan infelices nacieron,
sin eunucos, sin cerrojos
ofrecer tu culto á Vénus!
¡Y cuántas córtes despues
en triunfo visitarémos!
Tú me has dicho que viajar
ha sido siempre tu anhelo:
ahora saciarás tu gusto.
¡Qué de leyes! ¡Qué de pueblos!
¡Qué de costumbres diversas!
¡Qué de espectáculos nuevos!
Compara tu oscuridad
con el brillo que te ofrezco.
Compara la esclavitud
en que tus años crecieron
con la perspectiva hermosa
que á tu ambicion represento;
y dime si no seria
una simpleza, un exceso
de risible goticismo
el negarte á mi proyecto.

CAR. ¿Por qué pintas á mis ojos
con colores lisonjeros
un designio que reprueba
la virtud?

FAB. ¡Qué oigo! Yo sueño.
¿Y eres tú la que se llama
ilustrada? ¿Qué se han hecho
las máximas y...

CAR. Perdona;
que á tanto no me resuelvo.

FAB. ¿Dudas de mi fe?

CAR. No dudo.

FAB. ¿Crees tú poner en riesgo
tu virtud?

CAR. No, y de mi extraña
debilidad me avergüenzo;
mas no la puedo vencer.
No sé qué terror, qué acento
desconocido me manda
rebelarme á tus consejos.

FAB. (*Fingiendo enfurecerse por grados.*)
¿Cuál acento? Yo lo sé.
Tu fatal amor primero,
falsa mujer, que renace
á redoblar mi tormento.
Ansiando estás que me aleje
para inmolarme á un protervo
seductor. (Ya titubea.)
¡Ah, que me ahogan los celos!
(Ya llora.) ¡Oh furor! ¡Oh infame
perfidia! ¡Qué horrible peso
es para mí la existencia!
(Ya es mia.) ¿No hay un veneno?
¿No hay un puñal...
(*Yéndose.*) Mis pistolas...

CAR. (*Deteniéndole.*) ¡Detente! ¡Espera! ¡Qué ciego
frenesí!

FAB. Déjame ingrata.
Me voy á saltar los sesos
en tu presencia.

CAR. ¡Ah! ¡Jamás!—
Tuya soy.

FAB. (Logré mi intento.)
¿Me seguirás?

CAR. Sí; aunque sea
hasta el fin del universo.

FAB. Ya respiro.—Tú verás
cuán felices somos.—Vuelo
á acelerar la partida.
Son preciosos los momentos.—
Un abrazo. (*Yéndose despues de abrazarla.*)
(¡Uf! Voy sudando
lo mismo que un carretero.)

ESCENA VII.

CAROLINA.

¡Cómo me quiere Fabricio!
¡Ese es amor! Hasta en esto
se distingue de la plebe
un filósofo moderno.—
¡Ea, valor!—Todavía
á mi pesar me estremezco.—
¿Y por qué? Conozco bien
su corazon. Nada arriesgo.—
¡Qué existencia tan brillante
me aguarda! Trenes soberbios,
título de embajadora.
¡Ahí es nada; tratamiento
de excelencia! ¡Y bailaré
con los Príncipes! ¡Qué obsequios!
¡Qué magníficos banquetes!
Vamos; ¡y yo que me muero

por la política! ¿Acaso
hay un placer más completo
que revolver todo el mundo
sin salir de su aposento?
Fabricio, que es muy amable,
me iniciará en los secretos
de la insigne diplomácia.
¿Quién sabe si en un almuerzo
ayudaré á decidir
de la suerte de un imperio?—
Pero mis padres... Mis padres
me perdonarán un yerro
tan dichoso para mí,
tan honroso para ellos.—
Don Luis... Querrá con las manos
el pobre coger el cielo.—
¿Quién nos diria á los dos...
Yo no sé por qué no acierto
á olvidarle. Juraria
que siento remordimientos...
¡No, no! Perdona, Fabricio,
que mi corazon entero
es tuyo; sí: tuyo sólo.
¡Oh delicioso himeneo!
¡Oh augusta filosofía,
cuánta ventura te debo!

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

DON ROBUSTIANO, CAROLINA.

(*Carolina aparece sentada y pensativa.*)

ROB. (*Entrando.*) ¿Muchacha, ¡tú aquí tan sola!
¿Cómo no has ido al teatro?
CAR. Me siento un poco indispuesta.
ROB. El pulso. (*Se lo toma*) Lo tienes algo
intercadente. ¿Te duele
la cabeza?
CAR. Un poco.
ROB. Es flato.
Que te echen unos cominos
en una taza de caldo,
y si el caldo te repugna,
en unas sopitas de ajo.
¿Entiendes?
CAR. Así se hará.
ROB. Y vete á acostar temprano.
CAR. Estoy en eso.
ROB. Mañana
ya no estará aquí el bigardo
de don Fabricio.
CAR. Sin duda.
Como usted le ha desterrado...
ROB. ¡No, que le tendré en mi casa,
y le haré mil agasajos,
y le mimaré despues
que me ha puesto como un trapo!
Como yo sepa que tú
vuelves á hablarle, en un claustro
te encierro.
CAR. Pero ¡papá!.
(Mucho le dura el enfado.)
ROB. ¡No faltaba más! Ahora
verémos quién es el amo
de esta casa; que harto tiempo
he sido mofa del barrio.
CAR. (¡Y Fabricio va á venir!
Yo estoy en brasas.)
ROB. No trato
de hacerte casar por fuerza
con don Luis, aunque muchacho
como él no lo has de encontrar;
mas se me ha puesto en los cascos
traerle á vivir con nosotros
desde esta noche. ¡Es tan guapo!
Voy en su busca ahora mismo.
Cerca vive. En cuatro saltos...
CAR. (No me atrevo á replicarle.)
ROB. Manda prevenir el cuarto
que da al jardin.
CAR. Bien está.
ROB. Y no hay que gruñir. Tengamos
la fiesta en paz.—Mi mujer
se va á llevar lindo chasco
cuando vuelva.—Tú, á la cama,
y si las sopas de gato
no te alivian, que te pongan
un sinapismo en el bazo.

ESCENA II.

CAROLINA.

¡Cuál está contra Fabricio!
Pues cuando vea que falto
de casa, cuando le escriba
que en secreto me he casado
con el mismo á quien me manda
olvidar, y que en sus brazos...
Ruido siento. ¿Quién será?..
Hasta del aire me espanto.—
Es Fabricio.

ESCENA III.

DON FABRICIO, CAROLINA.

CAR. ¿No te ha visto
mi padre?
FAB. No, porque he entrado
por la puerta del jardin.
CAR. Acaba de darme un rato
cruel.
FAB. ¡Cómo...
CAR. Está inflexible.
Te aborrece.
FAB. No me pasmo;
que hombres como él rara vez
perdonan un desengaño.
¡Eh!.. Le compadezco.
CAR. Nunca,
nunca aprobará los lazos
que voy á formar...
FAB. Yo espero
que se aplaque, sin embargo,
cuando desde Cartagena
le envié un extraodinario
con la fe de casamiento
y copia de mis despachos.
Por más que sienta tu fuga,
al fin no es moco de pavo
un yerno de alto coturno.
CAR. Está tan encaprichado
por don Luis... ¿Creerás que ahora
salió en su busca, volando,
porque se empeña en que viva
con nosotros?
FAB. ¡Malo, malo!
Te quieren sacrificar;

te quieren perder. A ese acto
de paterno despotismo
seguirán mil atentados:
la amenaza, la violencia...
Sígueme; no tardes. Vamos.
CAR. No estoy en mí.—Ya te sigo.
FAB. Pero me sigues temblando.
¿Qué tienes?
CAR. Nada.
FAB. Suspiras;
quieres reprimir el llanto
y no puedes...
CAR. ¡Ay Fabricio!
si fuese tu amor engaño;..
si cuando por tí abandono
mi sosiego, mi recato...
FAB. Basta. Tú no me amas; no.
Deja protestas á un lado.
Quebranta tus juramentos
y deja por un tirano
á un amante; por un sér
sumido en el torpe fango
de sándias preocupaciones
á un filósofo ilustrado,
modelo de tolerancia,
amoroso, dulce y blando,
que de cien córtes famosas
te quiere hacer el ornato.
Déjame á mí, que te adoro
y tus cadenas quebranto,
por quien verá entre paredes
consumirse en flor tus años;
por quien querrá que limites
á los más viles y bajos
ministerios tu existencia:
como cuidar que los platos
no se rompan; presidir
al barrido y al fregado;
cegar sobre un bastidor;
rezar en coro el rosario;
echar trigo á las gallinas;
hacer...
CAR. ¡Ah! Calla. ¡Qué cuadro
tan espantoso!—A tu fe
me entrego resuelta. Huyamos
FAB. Espera.- Bueno será,
si acaso tienes á mano
tus joyas, que te las lleves.—
No hay mal en esto, que al cabo
tuyas son.
CAR. Pero dirán...
FAB. ¿Qué han de decir? Aquí aguardo.
Corre. No han de hacerte falta,
que mis sueldos y honorarios
son crecidos, y aquí llevo
en buenas letras de cambio
quince mil duros y pico;
pero siempre hacen al caso
las perlas y los brillantes.
CAR. Muy bien dices Pronto salgo.

ESCENA IV.

DON FABRICIO.

¡Lindamente! Ya Liborio
con el coche está esperando.
A dos leguas de Madrid
en un gótico palacio
medio arruinado ya tengo
prevenido mi teatro
para la boda de farsa.
Tomo la posta, me embarco,
y después...

ESCENA V.

DON FABRICIO, PAULA.

(*Paula trae un vestido envuelto en un pañuelo.*
PAU. Felices noches,
caballero.
FAB. ¿Quién ha entrado?
PAU. ¿Está en casa la señora?
FAB. Ha salido.
PAU. Aquí la traigo
de parte de mi maestra
este vestido... (¿Es encanto
de mis ojos, ó esa cara...)
FAB. Muy bien. Puede usted dejarlo
y volver. (¿Qué veo?... ¡Es Paula!
Soy perdido.)
PAU. (No me engaño.
El es.) Traidor, fementido,
el rostro vuelves en vano.
FAB. ¿Con quién habla usted, señora?
PAU. ¡Oyó en fin el cielo santo
mis súplicas! Hombre vil,
hombre infame y depravado,
sin honor, sin religion...
FAB. O calla usted, ó la mando
echar de aquí. ¡Habrá insolencia...
(En terrible apuro me hallo.)
PAU. No creas amedrentarme,
que en mi justicia descanso
y en la proteccion del cielo.
Bien sé que con nombre falso,
¡sacrílego!, me llevaste
á las aras; pero ¿acaso
es menos indisoluble
el vínculo sacrosanto
que nos une? Aquí, en Madrid,
tengo testigos, villano,
que comprueben tu delito
si te atreves á negarlo.
FAB. (Ya es preciso transigir.)
Paula mia, hablemos bajo,
que puedes comprometerme.—
Soy tu esposo, soy tu esclavo.—
Vete; te veré despues
y justificarme aguardo.
PAU. ¡Justificarte, perjuro!
FAB. Calla con mil de á caballo.—
¿Dónde vives?
PAU. Ven conmigo
y lo sabrás. De este cuarto
no salgo sin tí.
FAB. Mujer,
nos verémos más despacio.
PAU. No quiero, ya no me fio.
FAB. (No sé como no la mato.—
Carolina va á venir...)
PAU. ¿Qué es eso, que miras tanto
á esa puerta?
FAB. Nada. Vete.
PAU. (*Se sienta y deja sobre otra silla el vestido que trajo.*)
en esta silla me clavo
hasta que vengas conmigo.
FAB. Tengo aquí que hacer. Despacho

al momento..., y tú no debes
estar presente...
PAU. Ya alcanzo
por qué quieres alejarme.
Sin duda tienes, ingrato,
nuevos amores...
FAB. ¿No callas?
PAU. No, no. Bastante he callado.
¡Bastante he sufrido!
FAB. Al menos
iré á ver si algun lacayo
nos puede oir.
PAU. (*Levantándose y asiéndole de un brazo.*)
Vamos juntos.
FAB. Suéltame.
PAU. Si das un paso
con intencion de escaparte,
como soy Paula que llamo
á la guardia.
FAB. (¡Qué mujer!
¿Cómo me desembarazo
de ella?—Si le doy un golpe,
va á alborotar el cotarro.
Me expongo á un lance peor
si de aquí no la separo.—
Qué situacion!)
PAU. ¿En qué piensas?
No es el negocio tan árduo.
FAB. (Pues, señor, será forzoso
que abandonemos el campo.
¡Qué dolor! Pierdo una mina,
y mal que me pese cargo...
¡con una cruz! Ya te sigo.
Guia tú... (*Queriendo desprenderse.*)
PAU. No suelto el brazo.
FAB. (¡Ah! Ya la veo venir. (*Aparece Carolina con una caja, que deja luego sobre una mesa.*)
Tiró de la manta el diablo.)
Suelta... Vete...

ESCENA VI.

DON FABRICIO, CAROLINA, PAULA.

CAR. ¿Con quién hablas?
Mas ¡qué veo! ¿Estoy soñando?
¡Tú de bracero con otra
dentro de mi casa!
FAB. (¡Bravo!
No hay más que pedir. ¡Reniego
de mi fortuna!) Es el caso...
que esta muchacha... (*A Paula.*)
Por Dios
no me desmientas.
PAU. (Yo me aspo.)
FAB. Es una primita mia.
Se encuentra en cierto quebranto...
CAR. ¡Prima tuya!—¿Dónde he visto
á esta mujer?... ¡Ah! Ya caigo.
Antes de ayer en la tienda
de mi modista.
FAB. No es raro
que fuese á mandarse hacer
algun vestido.
CAR. Eso es falso;
que con otras oficialas
allí la ví trabajando.
¡Ah! Tú me vendes, perjuro.
¡Y por quién, Dios mio!
PAU. Paso
señorita, que si ahora
quiere mi destino infausto
reducirme á condicion
tan humilde, no me cambio
por usted, ni por ninguna.
El vivir de su trabajo
no es afrenta, no es delito:
algo peor es... (*A don Fabricio que la hace señas.*)
No callo.—
Indisponer matrimonios,
tratar con hombres casados,
escandalizar...
CAR. ¡Qué escucho!
Con que ¿tú...
FAB. No la hagas caso,
que está loca.
PAU. Loca estuve
cuando creí sus halagos,
cuando en la Habana le dí
mi corazon y mi mano.
CAR. ¡Oh colmo de iniquidad!
¡Y estaba solicitando
con tanto fervor la mia!
FAB. (¡Qué no me confunda un rayo!)
PAU. Señorita, usted perdone
si, movida por un rapto
de indignacion, he podido
hacer á su fama agravio.
De ocho dias á esta parte
en esa tienda trabajo,
y no conocia á usted.
Encuentro aquí al inhumano
que me abandona; oigo á otra
reconvenirle; me abraso;
no en celos, en ira sí,
y á reprimirla no basto.
FAB. (Por la puerta... Me detienen.
El balcon está muy alto.)
CAR. ¡Necia de mí, desdichada!
¡Y mi corazon incauto
suspiraba por el mónstruo!...
Y era mi delirio tanto
que por él... ¡Ah!... que no puedo
respirar...
PAU. (*Sosteniendo á Carolina.*) Se ha desmayado.
¡Socorro!
FAB. (Ocasion mejor
no se ha de ofrecer. Yo escapo,)

ESCENA VII.

CAROLINA, PAULA, DON FABRICIO, DON ROBUSTIANO, DON LUIS, CRIADOS.

PAU. ¡Detenedle!
ROB. Alto ahí. ¿Adónde
va usted tan precipitado?—
Mas ¡qué veo!
LUIS. ¡Carolina!
ROB. ¡Hija mia! (*A los criados.*) Ahí os encargo
ese hombre. No le solteis.
(*Acude á socorrer á Carolina.*)
PAU. No se os escape.
FAB. Sepamos
qué derecho hay en ustedes
para atajarme los pasos.
LUIS. ¿Qué derecho? ¿Y cuál ha sido
la ocasion de ese desmayo?
FAB. Yo no sé.
LUIS. ¿Y por qué razon

dice el refran.
LUIS. ¿Qué refran
ni qué...: Me gusta la flema.
Con que estoy desesperado
viendo iniquidad tan negra,
¿y me sale usted ahora
con refranes?
ROB. Tanta pena
tengo yo como usted mismo;
y daria cien talegas
porque fuera usted mi yerno.—
¡Eh! ¿Quién sabe... La primera
inclinacion no se olvida
fácilmente, y las finezas
de usted, su constancia heróica
puede que al cabo conviertan
á Carolina.
SA. Será
difícil si usted se niega
á apoyarle. Mas no es cosa
de que usted se comprometa.
¡Ahí es nada! ¡Resistir
á la autoridad suprema
de mi tia!
OB. ¡Hum!.. Me atosigas
mujer, con tanta indirecta.
Pronto verás que no soy
tan gallina como piensas.
Como hasta aquí obraba solo
no es mucho que sucumbiera.
Ahora ya es otra cosa:
don Luis me da fortaleza.
Reclamará sus derechos,
y si no ceden á buenas,
habrá la de San Quintin.
A. Eso, eso. ¡Teson! ¡Firmeza!
IS. No es tampoco mi designio
apelar á la violencia,
aunque me sobra razon
para...
A. ¡Chito! Ya se apean
del coche. (*Se levantan los tres.*)
OB. ¡Aquí de mi brio!
A. Ya los oigo en la escalera.
IS. ¡Cómo siento palpitar
mi corazon!
A. Ahora es ella.

ESCENA IV.

ISABEL, DON ROBUSTIATO, DON LUIS, DOÑA MAMERTA, CAROLINA.

M. ¡Qué deliciosa mañana!
B. Pronto habeis dado la vuelta.
Y ¿cómo es que don Fabricio...
R. Nos ha dejado á la puerta.
Ha ido á hacer unas visitas.
M. (*A don Luis con frialdad.*)
¡Calla! ¿Usted por estas tierras?
R. (*Con afectada indiferencia.*)
¡Ah! don Luis...
S. Veo que ustedes
me reciben con tibieza,
y siento mucho...
M. No tal.
Sabe usted que se le aprecia...
S. Saludo á usted, Carolina,
con la amistad más sincera,
y aunque...
CAR. Beso á usted la mano.
MAM. (*A Carolina.*) Así, así: la cara séria
y poca conversacion.
CAR. (Yo no sé por qué se altera
mi corazon al mirarle.
¿Si será alguna centella
del pasado amor?—¡Eh! No.
¡Qué bobería! Así..., cierta
compasion...)
MAM. Señor don Luis,
siento imponer á mi lengua
el sacrificio penoso
de confirmar una nueva
poco agradable. La chica.
le quiso á usted, no lo niega,
y yo aprobé su cariño;
pero, sin que usted se ofenda,
no era aquella una pasion
decidida, verdadera...
LUIS. Bien lo veo.
MAM. Era una especie
de ensayo...
LUIS. Me lisonjea
mucho esa declaracion.
MAM. Usted dirá que es coqueta,
caprichosa, atolondrada,
voluble... Lo que usted quiera.
Mas la ilustracion y el trato
nuevos deseos engendran;
y si ella ha visto otro jóven
que aunque menos la merezca
la agrada más, ¿qué remedio?
Bueno es guardar consecuencia
á un enamorado ausente;
pero ya ¿quién se alimenta
de suspiros y esperanzas?
Dejemos á las novelas
tan ridículo heroismo.
Acá en el mundo se piensa
de otra manera. La llama
no se mantiene sin leña.
LUIS. ¡Qué lenguaje! Ya, señora
nada me causa sorpresa.
MAM. ¿Sí? Pues me alegro.
LUIS. Supongo
que en esas máximas nuevas
tambien estará iniciada
Carolina.
CAR. ¡Bueno fuera
que á los veinte años cumplidos
aún pesáran las cadenas
sobre mí de la ignorancia!
A mí ya no me gobiernan
autoridades postizas
y tradiciones añejas.
Yo respeto la virtud,
pero amo la independencia.
Siembro de flores la vida
y no de espinas sangrientas.
Quiero saber algo más
que rutinas de la escuela,
y en vez de pensar por otros
quiero pensar por mí misma;
que para eso Dios me ha dado
mis sentidos y potencias.
LUIS. ¿Qué es esto? ¡Oh cielo!... ¿Es usted
aquella jóven modesta,
candorosa, que hace un año
no osaba alzar de la tierra

sus ojos? ¡Ah! Yo estoy loco.
¿Cuál fué la astuta culebra;
cuál fué...
MAM. Señor mio, aquí
con sermones no nos venga,
y mire por su conducta
sin censurar las agenas.
(*Isabel no cesa de instar por señas á don Robustiano para que hable.*)
LUIS. Señora, yo...
MAM. Concluyamos.
Carolina le venera
le estima á usted, mas no le ama;
pues sólo en su pecho reina
el bizarro caballero
don Fabricio de Requena,
diplomático, erudito,
hombre de fama europea,
filósofo, independiente;
un hombre en fin...
LUIS. Digno de ella.
MAM. Con efecto.
ISA. (*A su tio.*) ¡Ahora!
ROB. Aguarda.
MAM Y si acaso usted conserva
un amor desesperado,
será mejor...
ISA. (*Como antes.*) ¡Ahora!
ROB. Espera.
MAM. Que se vuelva usted á Flándes.
LUIS. (Ya me falta la paciencia.)
MAM. Mas yo no dudo que usted
se conforme con su estrella,
y filosóficamente
saque fuerzas de flaquezas.
ISA. ¡Animo, tio! (*En voz baja.*)
ROB. No es tiempo.
CAR. Ya nadie se desconsuela
por estas cosas. Muchachas
hay en Madrid á docenas
que le harán á usted dichoso.
No faltará una cordera
tímida, humilde, sencilla,
que á su yugo se someta,
y que quiera envejecer
en perdurable tutela.
ISA. ¡Tio! .. (*Aparte á don Robustiano.*)
ROB. ¡Chist!...
MAM. ¡Eh! No perdamos
la amistad por frioleras.
CAR. Usted lo que debe hacer
es reirse á boca llena,
si no quiere que le silben
sus amigos cuando sepan
que ama usted á lo Quijote
en mil ochocientos treinta.
LUIS. ¡Carolina!
MAM. ¿No sabeis
lo que haria yo, si fuera
don Luis?
CAR. ¿Qué?
MAM. Ser tu padrino.
LUIS. ¡Yo!
CAR. ¡Qué feliz ocurrencia!
Sí; amigo mio y entonces
será mi dicha completa.
MAM. Ea á disponer la boda.
Apresuremos la fiesta...
LUIS. ¿La fiesta? ¡Oh! No, no la esperes,
mujer ingrata y proterva.
Puede que el velo nupcial
en negro luto se vuelva.
Ya no soy dueño de mí.
Ningun respeto me enfrena.
ISA. (*Aparte á su tio.*) Apoyele usted.
ROB. ¡Oh! en parte. (*A doña Mamerta.*)
tiene razon...
LUIS. Yo pudiera
resignarme á tu perfidia;
mas sufrir que me escarnezca
la misma que tantas veces
me juró constancia eterna;
sufrir la insolente calma
con que rie y se deleita
al ver mi despecho... ¡Oh! No.
¡Seductor infame, tiembla!
Aún no has triunfado. En tu sangre
sabré lavar mis ofensas.
CAR. (¡Ay Dios mio, qué furor!
Toda mi sangre se hiela.)
MAM. ¿Y usted tiene la osadía.
en mi casa, á mi presencia...
LUIS. ¡Viven los cielos!...
ROB. Don Luis,
don Luis; por Dios... ¡Ah! ¡Qué escena
del diablo! Bien la temia.
ISA. Bien pudo usted precaverla.
MAM. Váyase usted al instante
de mi casa, y no se atreva
jamás...
CAR. ¡Mamá¡ (Quiera Dios
que ahora no se aparezca
Fabricio...)
LUIS. Sí; con placer
me alejo, y ¡nunca mi huella
hubiera estampado aquí!
Mas mi venganza sangrienta...
¡Ah! no, no. Mi corazon
desmiente á mi osada lengua.
Perdóname, Carolina.
Yo esperaba á la vehemencia
de mi pasion resistir;
mas ¿qué hombre, si ama de veras
y fué amado, á sangre fria
se ve arrebatar su prenda?
CAR. Yo, don Luis,... si... (Mucho temo
que á mi pesar me enternezca.)
ROB. Hija mia, reconoce
aquella primera deuda...
MAM. ¡Hum! ¿Qué dices?
ROB. Sí, mujer;
dejémonos de contiendas
y sea don Luis su esposo.
ISA. Sí; y á ese embustero, tea
de la discordia...
MAM. ¿Tambien
tú te metes en la renta
del excusado?
ISA. La suerte
de mi prima me interesa,
y veo...
ROB. Vaya; reciban
nuestra bendicion paterna.
MAM. ¿Qué es eso de bendicion?
Primero que tal consienta
me han de hacer trizas.
ROB. ¡Mujer!
MAM. ¡Mal padre!

ROB. Yo...
MAM. En vano intentas
oprimirla.
ROB. Escucha.
MAM. Tú
no sabes lo que te pescas.
ROB. Pero ten calma. Yo soy...
MAM. *(Gritando,)* Tú eres un cero á la izquierda.—
Y á mí no me alces el grito.
ROB. ¡Si tú eres la que voceas,
mujer!
MAM. ¡No faltaba más!
CAR. Mamá, por Dios que se entera
la vecindad...
ROB. ¡Mujer!...
ISA. ¡Tia!...
MAM. Tienes corazon de hiena.
Eres un tirano, un mónstruo,
un asesino.
ROB. Modera
tu furia; no entre la guardia
y sin más ni más me prenda.
MAM. Se verá...
ROB. *(Esforzando la voz.)* Calla una vez,
y cásala con quien quieras,
y más que el diablo...—¡Jesus!
¡Jesus, mujer! Tú te empeñas
en matarme. ¡Y en qué dia
me armas una pelotera!
¡Hoy que he tomado *Le Roy*!
Verás si se me indigesta...
¡Válgame Dios! Yo estoy malo;...
malo. *(A la puerta.)* ¡Gervasia! Calienta
la cataplasma anodina.—
Dios mio, dadme paciencia.

ESCENA V.

DOÑA MAMERTA, DON LUIS, ISABEL, CAROLINA.

MAM. Amigo mio, la boda
de la chica está resuelta
con don Fabricio. No tengo
obligacion de dar cuenta
á usted ni á nadie del mundo
de las causas que me empeñan
en favor de su rival;
ni es justo que por quimeras
y preocupaciones vanas
una mujer comprometa
su dicha. Obre usted ahora
como mejor le convenga.

ESCENA VI.

DON LUIS, CAROLINA, ISABEL.

LUIS. ¿Así te vas, Carolina,
sin decirme adios siquiera?
CAR. *(Cortada.)* Adios.
LUIS. ¿En qué te ofendí
para que así me aborrezcas?
CAR. Yo no le aborrezco á usted.
LUIS. ¡Quién un dia me dijera
lo que hoy me está sucediendo!
Preciso es que te merezca
más que yo el hombre dichoso...
CAR. ¡Qué quiere usted! La influencia
de la razon... (Yo me turbo.)
Veo que usted no congenia
conmigo.
LUIS. Pues hace un año
que en armonía perfecta
nuestros genios, nuestras almas...
CAR. Son otras ya mis ideas.
Si sólo del corazon
oyese la voz secreta,
y la razon ilustrada
no me sirviese de rienda,
aún fuera usted el objeto
de mi amor; pero quien piensa
como yo, quien ha leido,
quien odia, en fin, las cadenas
que labra el hombre cruel
á su débil compañera,
no limita la ambicion
á ser tenida por bella,
y á los oscuros placeres
de ruda naturaleza.
LUIS. Traducido al castellano
eso es tratarme de bestia.
CAR. No es tal mi intencion, don Luis.
Siento que usted no me entienda.
Tiene usted mucho talento;
es usté un pozo de ciencia,
mas no espero que renuncie
á la tiranía horrenda
de su sexo, no; y que al mio
bastante virtud conceda
para ser libre sin riesgo
é ilustrado sin afrenta.
LUIS. No es mi ánimo, Carolina,
mostrarte ahora la senda
á las mujeres trazada
por la virtud verdadera.
Pero ¡qué mal me conoces
si imaginas que una sierva
buscaba en tí; no, una amiga
amorosa, dulce y tierna!
Seguro yo de tu amor,
no oirias en mi lengua
preceptos, sino cariños,
y mi ventura suprema
cifraria en consagrar
á tí sola mi existencia
CAR. Lo creo, señor don Luis;
y ese cuadro me embelesa.
¡Ah! Yo tambien esperaba
algun dia...
LUIS. ¿A qué violentas
tu corazon, Carolina,
si aún te habla por mí? Recuerda
aquel tiempo venturoso...
CAR. Sabe Dios cuánto me pesa
de afligirte,—de afligirla
á usted.
LUIS. ¡Ah! No te arrepientas
de tutearme, Carolina.
No es esta la vez primera
que usas conmigo el lenguaje
del amor y la inocencia.
CAR. Es verdad.
LUIS. ¿Me amás aún?
CAR. No lo sé...
LUIS. Bien me lo demuestra
tu agitacion. No lo niegues.
Mírame á tus piés...
CAR. *(Le hace levantarse.)* ¿Qué intentas?
Levanta, Luis. Si mi madre
por desgracia nos observa...

Suelta.—Suelte usted la mano.
LUIS. ¡ Carolina!
CAR. ¡Qué flaqueza
la mia! ¡Ven á mi auxilio,
oh filosofía excelsa!
Aléjese usted (*Con imperio.*)
ISA. ¡ Adios!
Volvió á perder la chaveta.
LUIS. ¡ Qué escucho! ¿ Será posible
que una manía funesta
destruya...
CAR. No espere usted
que su vista me conmueva
otra vez. Ya estoy curada
de mi estupidez primera.
Nunca será mi marido
un hombre lleno de necias
preocupaciones. ¿ Yo
reducirme á hacer calceta,
pelear con las criadas,
abastecer la despensa,
fajar niños, ajustar
la cuenta á la lavandera...
¡Oh qué ignominia! Primero
consumirme en una celda.

ESCENA VII.

DON LUIS, ISABEL.

LUIS. No sé si llore ó me ria.
¡ Sobre que no lo creyera
á no verlo por mis ojos!
ISA. Tal han puesto su cabeza
esos perniciosos libros;
pero como usted se sepa
conducir, aún he de verle
coronado en la palestra.
Con la venida de usted
en mi prima se despierta
la antigua llama, por más
que á sofocarla se esfuerza.
LUIS. Pero su madre...
ISA. Mi tia
no es ahora lo que más pesa
en la balanza. Si usted
á don Fabricio destierra
de esta casa...
LUIS. ¿ Y de qué modo?
ISA. Él, segun todas sus señas,
es un pícaro de marca,
pedanton de marca y media,
estafador, intrigante,
zascandil, y aunque la echa
de hombre grande...
LUIS. Nos verémos
las caras. ¿ Dónde se hospeda?
ISA. ¡Aquí mismo!
LUIS. ¿ Aquí? ¡ Oh furor!
Yo volveré...
ISA. Si por buenas
puede usted...
LUIS. Balcones hay
si no sale por la puerta.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, ISABEL.

CAR. Isabel, no me porfies;
que es ya asunto decidido,
y aunque el mundo se opusiera
me he de casar con Fabricio.
ISA. ¡ Ay, Carolina! ¿Y tú puedes
tan pronto dar al olvido
el tierno primer amor...
CAR. De tu simpleza me rio.
Amar una sola vez
no es costumbre de este siglo.
Si un nuevo objeto aparece
más halagüeño, más digno
de ser amado, ¿ por qué
no preferirle al antiguo?
ISA. Sí; pero hay una opinion
que respetar es preciso,
y esta juzga á las mujeres
con tanto rigor...
CAR. ¡Qué lindo!
¿ Y á esa tirana opinion
debemos nuestro albedrío
sujetar? En hora buena
aterre al vulgo sencillo
el qué dirán; no á quien sabe
que si impone sacrificios
la sociedad ilustrada,
tambien guarda al sexo mio
derechos imprescriptibles.
Por no exponerme á los tiros
de injusta maledicencia
¿he de cargarme de grillos?
Prometí á don Luis mi mano;
mas ¿habrá un juez tan inícuo
que faltar á las promesas
de amor tenga por delito?
Con razon me censuráran
si á un tiempo quisiera á cinco,
ó mudara yo de novios
como mudo de vestidos;
pero ¿quién puede culparme
si para mi esposo elijo,
á quien me merece más,
no á quien primero me quiso?
ISA. Bien; pero dirán las gentes,
y acaso no sin motivo,
que fué tu casamentero,
no el amor, sino el capricho.
CAR. Ni el capricho ni el amor;
porque este es un ciego instinto
que nos pierde muchas veces,
y aquel un necio extravío
de la razon. La amistad
cimentada en los principios
de sana filosofía;
la conformidad que miro
en nuestras inclinaciones;
el simpático atractivo
de nuestras almas: hé aquí
de mi boda los auspicios.
ISA. ¿ Y crees ser dichosa...
CAR. ¡ Vaya!
Quemaria yo mis libros...
ISA. No harias mal en quemar

los que te vuelven el juicio.
CAR. (*Riéndose.*) ¿De veras? ¡Pobre Isabel!
¿Te hallas bien en el abismo
de tu supina ignorancia?
ISA. Y al borde del precipicio
¿te hallas tú bien, Carolina?
CAR. ¡Oh! sí; está en grave peligro
mi virtud.
ISA. Tú no eres mala;
pero estás ya en el camino
de serlo.
CAR. No lo sabia.
Yo te agradezco el aviso,
primita.
ISA. Mucho me engaño,
ó ese hombre es un libertino,
un...
CAR. Guárdate de injuriarle,
ó para siempre reñimos.
¡Qué estupidez! Porque un hombre
se atreve á ensanchar el giro
de sus ideas y sabe
hacer frente al fanatismo,
á la rutina, al error,
¡ya es un malvado, un judío!
ISA. Pero ¿sabes...
CAR. Yo sé bien
en quien pongo mi cariño.
ISA. Puedes engañarte, prima.
Al fin él no tiene oficio
ni beneficio.
CAR. El gozar
bienes cuantiosos, destinos
elevados, prima mia,
no es siempre seguro indicio
de merecerlos.
ISA. Se ignora
quién es, y de dónde vino,
y qué familia es la suya,
y...
CAR. Yo sé que ha merecido
mi corazon y mi mano:
lo demás no lo examino;
y si él es solo en el mundo,
mejor, porque así no lidio
con suegros ni con cuñados.
ISA. Hay espíritus malignos
que cuando le ven tan tierno,
tan amoroso contigo,
dicen que no está prendado
de tu garbo y tus hechizos,
sino de la rica dote
que habrá de darte mi tio.
CAR. Pues yo sé que menosprecia
las riquezas, y lo mismo
me querría oscura y pobre.
ISA. ¡Oh! sí. Un hombre que ha perdido
con serenidad estóica
yo no sé cuántos navíos...
CAR. ¡Feliz yo que puedo en parte
reparar tantos perjuicios!
ISA. Quiera Dios que no se ria
de tí. Mira que es ladino.
Mira...
CAR. Vaya de sermón.
ISA. Y á tí misma ¿quién te ha dicho
que ese tu amor acendrado
está léjos del desvío?
¿No me dijiste hace poco
que querer siempre á uno mismo
es pensar como allá en tiempo
de los Sanchos y Ramiros?
CAR. Sí, mientras una es soltera;
mas ya casada, es distinto.
Hay deberes tan sagrados,
que jamás...
ISA. No te imagino
capaz de violarlos, prima.
Sin embargo, los que han visto
que por casarte con otro
vendes ahora al más fino
de los amantes, dirán
que por un nuevo Narciso
el dia menos pensado
venderás á tu marido.
CAR. ¡Oh, que estás impertinente!
Dicen..., dirán... Pues yo digo
que sé bien lo que me hago,
¿estás?, y no necesito
que me dés consejos.
ISA. Yo
te ofrezco no repetirlos.
Allá te las hayas.—Mira:
ahí tienes á tu Fabricio.
Yo ni verle quiero. Adios.
(¡Qué cara tiene de pillo!)

ESCENA II.

CAROLINA, DON FABRICIO, DOÑA MAMERTA.

MAM. Rendida vengo. El volante
es un terrible ejercicio.
FAB. Es verdad, pero divierte
mucho y abre el apetito.
MAM. ¿De qué hablabas con tu prima,
que se aleja de este sitio
al vernos venir?
CAR. Visiones
de un espíritu mezquino
y preocupado. Pretende
que es un crímen, un delirio
el casarse las doncellas
á su gusto.
FAB. Sí; en su juicio
seria mucho mejor
consultar el del vecino.
¡Qué en el siglo diez y nueve
se oigan tales desvaríos!
CAR. ¡Y dale con la constancia,
y la fe y la...
MAM. ¡Qué prurito
de meterse á consejera
cuando apenas sabe el *Cristus*!
CAR. Siempre la misma cancion;
pero á mí por un oído
me entra y por otro me sale.
MAM. No importa. Cierre su pico;
que si vuelve á porfiar
le diré cuántas son cinco.
CAR. Su ignorancia la disculpa:
por eso yo no me pico.
FAB. Mejor es tomarlo á risa.
Si vuelve á sus silogismos,
haz cuenta que estás oyendo
las coplas de Calaínos.
CAR. Ella desea mi bien.
FAB. ¡Oh! eso sí. Y yo como primo
la quiero ya. Sus ideas

son algo á machamartillo.
Ya se ve; ¡si tiene horror
á los libros prohibidos!
Su ambicion está saciada
con un chal ó un abanico,
con bailar un rigodon
y con lucir el palmito.
Mujer, en fin, que no sabe
más que... ser mujer. Yo afirmo
sin embargo que es muchacha
que promete; y si consigo
su confianza, como espero,
ya verás tú con qué ahinco
me consagro á desmontar
aquel terreno baldío
que al arado se rebela,
y qué frutos tan opimos
dará á la filosofía
mi saludable cultivo.
CAR. Tendré mucho gusto en ello.
MAM. Es laudable tu designio.
FAB. Enseñar al que no sabe
es un precepto divino.
CAR. Da compasion en verdad
que se pierda oscurecido
un talento como el suyo,
FAB. Sí; y yo soy muy compasivo;
bien lo sabes; sobre todo
con el sexo femenino.
MAM. Muy *filántropo*.
FAB. Eso es.
CAR. ¡Qué bien suena ese adjetivo!
¡Filántropo!
MAM. ¡Venturosa
quien te da el nombre de hijo!
FAB. (*Acariciándola.*) ¡Oh *filántropa* y perspícua
ciudadana! ¡Oh prototipo
de la ilustracion materna! —
Y tú, que á tantos hechizos
unes tal grandeza de alma
é ingenio tan peregrino,
que á tu lado...
CAR. Tus elogios
me parecen excesivos.
FAB. No tal.
CAR. Para merecerlos
poco sé y menos he visto;
más me envanece la idea
de saber que me distingo
entre el vulgo mujeril;
y si aún por mi mal abrigo
de vergonzosas rutinas
algun oculto vestigio,
tú lo sabrás desterrar,
ilustrado esposo mio.
FAB. Lo juro por esta mano
en que mi ventura cifro,
adorada esposa mia.
MAM. Yo lloro de regocijo.
FAB. Vaya; ¿y cuándo nos casamos?,
que mi amor...
MAM. Mañana mismo.
CAR. Sí; mañana.
MAM. ¿Están corrientes
los papeles, los testigos?
FAB. Sí señora.
CAR. A la oracion
para evitar el bullicio
de los muchachos.
FAB. Bien dices
y...
CAR. Mi papá.
MAM. ¡Qué fastidio!

ESCENA III.

CAROLINA, DOÑA MAMERTA, DON FABRICIO, DON ROBUSTIANO.

FAB. ¿De dónde hueno á estas horas,
mi señor...
ROB. No necesito
que usted lo sepa.
FAB. (*Aparte á doña Mamerta.*) No obstante...
¡Pues vendrá poco mohino!
¿Qué mala yerba ha pisado?
MAM. Dí: ¿no estabas tan malito?
¿Por qué has salido de casa?
ROB. Sin duda ha sido un aviso
del cielo. Por su bondad
inmensas gracias le rindo.
MAM. ¿Qué quieres decir con eso?
ROB. ¿Qué quiero decir? Que frito
me vea yo si mi hija
se casa con don Fabricio.
FAB. ¡Cómo...
MAM. Pues esta mañana
¿no dijiste...
ROB. Me desdigo.
Por no mirarme enlazado
con hombre tan fementido
daria el nombre de yerno...
¿A quién diré yo? A un rabino.
FAB. (¡Malo! Mi vida y milagros
averiguó. Soy perdido.)
CAR. Pero ¿se puede saber...
ROB. ¡Ah! Por poco no es tardío
mi desengaño.
MAM. ¡Qué posma!
ROB. ¡Engañarme como á un chino
despues que en mi propia casa
le doy albergue y le admito
á mi mesa! Yo no sé
cómo mi furor domino.
FAB. Pero atienda usté á razones.
Sin duda algun embolismo.
algun chisme...
ROB. Aquí no hay chismes.
Con justa razon me irrito
CAR. (¿Qué será...)
ROB. Niégueme usted
que es el autor viperino
de un aleve papelucho
con hiel y con sangre escrito
en que dice mil infamias
del sistema curativo
de *Monsieur Le Roy*.
FAB. Usted sueña.
ó algun pérfido enemigo...
ROB. No sueño; que en mi poder
he tenido el manuscrito.
FAB. (¿Cómo diablos ..)
ROB. El censor
á cuya mano ha venido
me lo acaba de enseñar.
Es un fraile dominico
por más señas.
FAB. Sí; eso es fácil...
(¡Qué terrible compromiso!)
ROB. No ha sido mala fortuna

haberme dado el capricho
de hacerle hoy una visita,
pues de este modo averiguo
que he dado hospitalidad
en mi casa á un basilisco.
CAR. Hay letras tan parecidas
que no es extraño...
ROB. Repito
que el folleto es del señor.
FAB. Mientras usted no haya visto
mi nombre en ese papel,
es aventurado el juicio.
¿Quién lo firma? Yo conozco
á todos los eruditos
ROB. *Don Enrique Bocafria*
se lee en el frontispicio.
FAB. ¡Ah! Ya caigo. Un medicastro
que anda á caza de partidos
con más hambre que doctrina.
Le conozco desde niño.
ROB. Con que ¿usted...
FAB. Y con efecto
es muy parecido al mio
el carácter de su letra.
ROB. ¡Vaya un descaro inaudito!
Sepa usted, seor pedanton,
que no soy yo tan borrico
como usted piensa.
FAB. ¡Oh! Quien duda...
ROB. Tambien yo entiendo un poquito
de anagramas
MAM. Pero en fin...
FAB. (¡Ahora si que me ha cogido.)
ROB. En buenas manos estaba
el pandero. ¡Ya, ya es fino
el reverendo censor!
Para esto de logogrifos,
charadas y quisicosas
no hay otro. El tal apellido
le chacó á primera vista;
y como él no pierde ripio,
trincha, confrenta, calcula,
y saca por fin en limpio
que es *Enrique Bocafria*
anagrama de *Fabricio*
Requena. Si usted lo duda,
á la prueba me remito
FAB. A..., E..., B..., Q..., C... En efecto.
Vaya, que se ven prodigios...
ROB. Aún es capaz de negarme...
FAB. Le digo á usté que no es mio
ese papel; ni he soñado...
ROB. Pues yo lo creo; y lo afirmo,
y lo juro.
FAB. A tan extraña
obstinacion no replico.
MAM. Bien; yo quiero suponer
que él es autor de ese libro.
¿Habreis de reñir por cosas
que no valen un comino?
¡Qué locura! Si él no gusta
del método purgativo,
déjale con su opinion.
ROB. Lo llama absurdo, asesino,
diabólico.
CAR. Pero, padre,
¿le ha sacado á usted algun hijo
de la pila *Monsieur Le Roy?*
ROB. Me conserva el individuo,
que es más.—Pero la ponzoña
de ese libelo maldito
á nadie perdona, á nadie.
En él he reconocido
mi retrato. ¿Lo creyérais?
MAM. ¿Tu retrato?
ROB. Cabalito.
Despues de decir mil pestes
y de escarnecer sin tino
á los que él llama profanos
curanderos, tan al vivo
me rebaja bajo el nombre
de don *Roque Sinapismo*,
que ni olvida el peluquin
ni perdona el lobanillo
que me ha salido en la nuca.
¡Por vida del Ante-Cristo!
CAR. No culpe usted á mi novio.
Será algun doctor canijo
el autor de ese folleto
MAM. Eso es lo que yo malicio.
FAB. Bien puede usted sosegarse,
Yo hablaré con el ministro,
y sea el autor quien fuere
no saldrá á luz...
ROB. Bien tranquilo
estoy yo sobre ese punto.
FAB. ¿Cómo...
ROB. Ya se ha prohibido
la impresion.
FAB. (¡Pobre librero!)
ROB. ¡Oh! Sí, señor. Ahora mismo
vengo del juzgado.
FAB. Entonces
no hay caso...
ROB. Vaya; ¡poquito
se ha alegrado don Cenon
Panzacola y Solomillo!
MAM. ¿Don Cenon?...
ROB. Sí, aquel doctor
in utroque.
CAR. ¿Y qué motivo...
ROB. Hace bien en alegrarse,
porque el purgante benigno
le cura cada semana
dos cólicos y un ahito
CAR. ¡Pues ya! Comerá *in utroque*....
Es decir; á dos carrillos.
MAM. ¡Eh! Ya basta. Dispongamos
el casamiento...
ROB. Ya he dicho
que no quiero. Y el señor,
que se dé por despedido
de mi casa.
MAM. ¿Como es eso?
Yo no sufro...
ROB. Yo lo exijo.
Por hoy se puede quedar
hasta que busque su avío
en otra parte. Mañana
mudará de domicilio.
MAM. No hará tal.
ROB. Si hará.
CAR. Papá,
¿es posible...
FAB. (Me he lucido.)
MAM. Tengamos paz y no demos
qué decir á los vecinos.
Ya se me exalta la bilis.

ROB. A mí se me da una pepino
de tu bilis.
MAM. ¡Insolente!
¿Tú me hablas con ese estilo?
¿Tú te atreves...
ROB. Sí; que al cabo
de cuarenta años y pico
bien me puedo yo atrever
á enfadarme.
MAM. ¡Oh despotismo!
¡Oh tiranía!
ROB. Mamerta,
calla.
MAM. (*Gritando.*) ¿Qué es callar? ¡Indígeno,
grosero, soez...
ROB. (*Gritando más*). ¡Silencio!
ó sino, haré un desatino.
Tú piensas tener razon
á fuerza de alzar el grito,
pero á pulmon no me ganas,
que es de cal y canto el mio.
Yo he podido con paciencia
sucumbir á tus caprichos
á consentir que las gentes
digan que no toco pito
en mi familia. A la paz
mi dinero sacrifico,
mi autoridad y mi gusto;
pero que un advenedizo,
falso amigo, infame huésped,
me quiera hacer el ludibrio
de la córte; que se atreva
á llamar charlatanismo
mi pericia en el curar;
que al grande, al casi divino
Le Roy trate de embustero
y de antropófago impío;
que me imprima á mi pesar
y me saque los trapitos
á la colada... ¡Hum! A tanta
iniquidad no resisto.
CAR. Pero, papá, ¡qué aprension
tan extraña!
ROB. No transijo.—
¡Y yo que le iba á curar
su ojo de pollo! ¿Se ha visto
ingratitud semejante?
De mirarle me horrorizo.
CAR. ¡Echar de casa á un sujeto...
ROB. Váyase por donde vino.—
Y á ver como callas tú.
CAR. ¡Qué sin razon!
ROB. Te prohibo
que le hables. Anda allá dentro.
CAR. Yo. .
ROB. Vete.
CAR. Ya me retiro

ESCENA IV.

DON ROBUSTIANO, DON FABRICIO, DOÑA MAMERTA.

ROB. Bien puedes tú aconsejarla
que sepulte en el olvido
para *in œternum* á ese hombre;
de lo contrario te aviso
que irá á un convento.—Señor
Requena, lo dicho dicho.

ESCENA V.

DOÑA MAMERTA, DON FABRICIO.

FAB. ¡Pero ha visto usted qué orgullo,
señora, qué absolutismo!
¡Hé aquí lo que es el hombre
cuando le domina un vicio!
Antes de tratar á ustedes
escribí, es cierto, ese libro;
pero en él me proponía
ofrecerle un correctivo
de sus fatales errores
que le han de volver el juicio,
y en vez de darme las gracias
me ha enseñado los colmillos!
MAM. Fué muy buena tu intencion
mas tu locura acrimino.
¿Quén se mete á corregir
á una cabeza de risco?
FAB. ¡Qué bien dijo Quinto Horacio
Flacco: *qui servat invitum*
idem facit occidenti!
Pero usted ¿por qué ha cedido?
¿Por qué no se ha rebelado
contra su injusto dominio?
MAM. Me ha aterrado, lo confieso,
aquel teson imprevisto.
Donde un esclavo tenia
me encuentro con ¡un marido!
Por mal nada lograrémos.
Disimular es preciso
hasta que pase el nublado.
Cuenta siempre con mi auxilio
y con el amor constante
de la niña.
FAB. Mi enemigo
no ha de triunfar, yo lo juro.
Hoy mismo le desafío.
(Bueno es echarla de guapo.)
MAM. ¿Qué dices? Yo no permito
que comprometas tu vida.
Más conviene el artificio
que el valor en este caso.
Mi promesa te confirmo:
no se casará la chica
con nadie sino contigo.—
Pero ¿qué hombre? Del cuerpo
el susto no me ha salido
todavía.—Adios. Yo voy
á ver si haciéndole mimos
consigo calmarle un poco.
FAB. Mejor será.
MAM. ¡Qué suplicio!
¡Humillarme yo á ese bruto!
De cólera estoy que trino.

ESCENA VI.

D. FABRICIO.

¡Reniego del anagrama!—
Esto va malo, Fabricio;
¡malísimo!—Y qué, ¿al primer
obstáculo me acoquino?
¡Eso no!—¿Qué traes Liborio?

nos ruega le detengamos
esa señora?
FAB. ¿Qué importa
que ella lo ruegue?
ROB. Venancio,
toma. Abre mi papelera
y trae corriendo aquel frasco...
Espera. Ya va volviendo.
CAR. ¡Hombre indigno!
ROB. Bueno. El llanto
desahoga el corazon.—
¿Qué ha sido? ¿Algun desacato
de don Fabricio?
PAU. ¿Fabricio
se llama aquí?
LUIS. Pues ¿acaso
no es ese su nombre?
PAU. No.
FAB. (Son tantos los que he mudado
que casi, casi, yo mismo
no sé ya cómo me llamo.)
PAU. Es un pícaro, sin fe,
capaz de todo lo malo.
Hé aquí dos tristes mujeres
víctimas de sus engaños.
Mas no tardará en sufrir
de tanto crímen el pago.
ROB. (¡Hola! Esto parece sério.) (*A un criado.*)
Escúchame tú.—Volando. (*Váse el criado.*)
FAB. (He caido en ratonera,
y ya no hay arbitrio humano
que me salve.)
CAR. (*A Paula.*) Usted ha sido
el ángel que me ha librado
del precipicio.
ROB. Pues ¿cómo...
CAR. El rubor sella mi labio.

ESCENA VIII.

CAROLINA, PAULA, DON FABRICIO, DON ROBUSTIANO, DON LUIS, DOÑA MAMERTA, ISABEL, CRIADOS.

MAM. ¡Pícaros revendedores!
¿Se ha visto mayor petardo?
Mayor picardía? Ir una
muy confiada á su palco,
¡y por ser falso el billete
tener que desalojarlo!
¡Pillastrones... Mas ¿qué veo?
Mi hija anegada en llanto;...
aquí una mujer extraña;...
don Fabricio,... Robustiano,...
don Luis... ¿Qué tramoya es esta?

ESCENA IX.

CAROLINA, DOÑA MAMERTA, PAULA, DON FABRICIO, DON LUIS, DON ROBUSTIANO, LIBORIO, CRIADOS.

LIB. (Mucho se detiene mi amo.)
¡Hola! ¿qué es esto?
CAR. ¡Ay mamá! (*Se echa en sus brazos y hablan las dos aparte.*)
ROB. Afianzadme á ese otro majo.
LIB. ¿A mí? Pues ¿por qué...
ROB. En la cárcel
darás luego tu descargo.
¿Vienen? (*Vuelve el criado que salió.*)
MARIA. Ya están á la puerta
cuatro soldados y un cabo.
FAB. (¡Esto es hecho!)
LIB. ¿Y es razon
que purgue yo los pecados
del prójimo?
MAM. ¡Qué me dices!
No sé cómo no le arranco
los ojos. ¡Vil seductor!...
¡Con qué insolente descaro
aspiraba á ser mi yerno,
y con otra está casado!
ROB.
LUIS. } ¡Casado!
ISA.
FAB. Casado, sí.
¿Es acaso algun milagro?
Esa es mi mujer. ¡Bien haya
el bajel que me la trajo!
Sí, Paula mia; yo abjuro
mis extravíos pasados.
Vuelvo á la dulce coyunda.
Tu amor y tu fe reclamo.—
Y ustedes, pues hombre soy,
y por consiguiente flaco,
perdonen...
MAM. ¿Qué es perdonar?
Te he de ver en un cadalso.
LIB. (Estamos frescos.)
ISA. ¡Este es
el filántropo!
CAR. ¡Ay!...
ISA. ¡El sábio!
MAM. ¡Traidor!
LUIS. ¡Este es el rival
á quien fuí sacrificado!
ROB. El lustre de mi familia
no ha de sufrir menoscabo
impunemente.
ISA. Hay algunos
con un grillete en el Prado
menos culpables.
MAM. ¡Qué horror!
FAB. Pero ¿qué crímen nefando
es el mio para tanta
animosidad? Un rasgo
de inocente travesura;
pasar como otros el rato
con una niña bonita;
hacerla cuatro arrumacos...
sin mala intencion...
CAR. ¡Qué exceso
de impudencia!
MAM. (*La detiene Paula.*) Yo le araño.
CAR. Apartadle de mi vista
por piedad. (*Hace don Robustiano una seña desde la puerta y aparecen los soldados.*)
PAU. (Ya me va dando
compasion.)
ROB. Cabo de escuadra,
escólteme usted á entrambos
hasta el Vivac.—Id vosotros
tambien con ellos, muchachos.
Decid que de su prision
responde don Robustiano
Sanchez, y que muy en breve
irá en persona á acusarlos.
LIB. Primero soy yo que nadie.—
Tambien yo al señor delato
para minorar mi pena,
y al juez diré dónde guardo

papeles que le convencen
de estafador y de vago.
LUIS. Eso allá, en el Principal.
FAB. ¡Cómo! ¿Tú tambien, bellaco,
me vendes? Pues ¿no quemaste
mis papeles?
LIB. ¿Soy yo ganso?
No todos. Para un apuro
los guardaba.
FAB. Bribonazo,
á quien te daba su pan
y tan crecido salario
¿vendes así? Pues ¿no sabes
que ser leal á sus amos
es una virtud...
LIB. Rutinas,
poeocupaciones de antaño.—
Yo soy filósofo.
ISA. Son
lindo par amo y criado.
ROB. Ea, llevadlos.
PAU. Al fin
soy tu esposa. Te acompaño
en la desgracia; y si es fuerza,
á los piés del Soberano
iré á implorar tu perdon.
FAB. ¡Mujer heróica! (*Afectando serenidad.*)
Partamos.

ESCENA ULTIMA.

DON ROBUSTIANO, DON LUIS, ISABEL, DOÑA MAMERTA, CAROLINA.

ROB. Y ahora ¿qué me decís?
MAM. Harto te digo callando.
¡Jesus, Jesus qué hombre! ¡Y yo
le tenia por un santo!
CAR. ¡Maldita credulidad
que á tan funesto naufragio
has expuesto mi virtud!
MAM. Hacedme dos mil pedazos,
y al fuego echad esos libros
que han hecho tantos estragos
en mi cabeza y la suya.
ISA. Con mucho placer me encargo
de esa comision.
MAM. Don Luis,
bien sé yo que disculparnos
es difícil, mas... si usted...
LUIS. Señora, aunque no me jacto
de filósofo á la moda,
sé perdonar mis agravios.
Una jóven inexperta
no siempre esquiva los lazos
de la artera seduccion.
Por fortuna el desengaño
no es tardío. A Carolina
tal vez ese mentecato
ha podido alucinar...,
MAM. ¡Pobrecilla!
CAR. ¡Demasiado!
LUIS. Mas su corazon sencillo
se libertó del contagio.—
Mio fué un dia, y tal vez...
CAR. Tal vez jamás ha cesado
de amarte; mas mi locura...
los perniciosos halagos
del amor propio... No sé,
no sé qué fatal letargo
mi razon ha adormecido
por tanto tiempo.
ROB. ¡Eh! Casaos
y lo pasado olvidemos.
LUIS. Mi gloria cifro en su mano.
CAR. Tanta bondad me confunde;
mas antes de desposarnos
probarte quiero con obras,
y no con discursos vanos
que soy digna de tu amor.
LUIS. Siempre lo has sido, y ufano
de llamarme tu consorte...
CAR. Lo serás dentro de un año.
MAM. ¡Niña!...
LUIS. ¡Qué dices!...
CAR. Mis yerros
quiero expiar retardando
la dicha que el alma anhela.
ISA. Tu delicadeza aplaudo.
CAR. La mayor preocupacion,
ahora lo veo y lo palpo,
es no respetar ninguna.
ROB. Al primer filosofastro
que se acerque á mis umbrales
le hago derrengar á palos.
LUIS. La ilustracion verdadera
merece premio y aplauso,
mas la seduccion infame
se disfraza con su manto. (*A Carolina.*)
¡Tú le has visto!—y por desgracia
no falta quien llame sábios
á ciertos entes, que son
la polilla del Estado.

FIN.

ADVERTENCIA. Esta, y otras traducciones más ó menos libres, debidas á la pluma de *D. Manuel Breton de los Herreros*, son las únicas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y corregidas por el traductor antes de procederse á su impresion en esta *Biblioteca dramática*, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.

Madrid, 1862.—Imp. de M. Galiano, Ministerios, 3.